

# VISIONES

---

---

DEL

---

---

# PASADO

---

---

Novela histórica de puro ambiente murciano,

seguida de unas cuantas

«CHARLAS SENTIMENTALES»

POR

**José A. Jara López**



1929

TIP. "LA VERDAD"-P. APÓSTOLES  
MURCIA

DMUR  
10

Nº 39680

BIBLIOTECA REGIONAL



1054682

7

R. 102-857



# VISIONES

DEL

# PASADO

Novela histórica de puro ambiente murciano,

seguida de unas cuantas

«CHARLAS SENTIMENTALES»

POR

José A. Jara López



1929

TIP. "LA VERDAD"-P. APÓSTOLES  
MURCIA

PROCEDENCIA BIBLIOTECA  
CARLOS RUIZ-FUNES





## PROLOGO

Lector: En los comienzos de mi vida, cuando mi pobre humanidad contaba seis abriles no más y los ojos de mi alma no sabían apreciar muchas cosas porque miraban siempre a través del cendal de la inocencia, el padre de mi padre (quiero decir mi abuelo) gustaba de llevarme de la mano a donde quiera que él se dirigía.

Hombre viejo, sapiente, cargado de experiencia, se pasaba las horas contándome a su modo, fábulas, chascarrillos, acertijos, historias, adivinanzas, cuentos y otras mil zarandajas, fruto de su caletre, en las que no faltaban las consabidas brujas, gigantes, monstruos, duendes, gnomos, grifos, endriagos, y una pléyade de entes o sombras de aquelarre.

El decrepito anciano de rancia estirpe

*panocha*, se expresaba muy bien, como que allá en su juventud fué fraile.

Era a ratos irónico y tenía ojos vivos de lince, puntiaguda nariz, algo aquilina, labios gruesos, ya exangües, en los que eternamente retozaba la risa picaruela, y al caminar lo hacía ligeramente encorvado, bajo el peso terrible de sus ochenta añazos, ni más ni menos en aquellos días.

Aun cuando a tí, lector, no te seduzca ni te agrade la estampa que dejo bosquejada a grandes rasgos, a mí me regocija recordar la figura de aquel viejo locuaz, condescendiente, festivo en sus decires, de un apacible natural de santo, pero con muy mal genio cuando alguien la llevaba la contraria.

Al andar se apoyaba en un cayado de blanco almez lustroso. Vestía zaragüelles, prenda que por entonces se estilaba en la huerta, jubón con grandes broches, larga faja de estambre, calcetas y alpargatas encintadas, y cubría su calva venerable con la rancia montera de terciopelo negro o el calañés atávico.

A extramuros de Murcia, casi tocando a la estación que hoy día se estremece de júbilo con el silbar potente de sus máquinas férreas y el ludir incesante de los tre-

nes que avanzan por sus vías anunciando progreso, habitaba el alegre octogenario en una humilde casa de aquellas que, sin necias presunciones, fueron edificadas en la huerta después de la riada del año '1879, a expensas de un filántropo muy parcamente honrado por las generaciones sucesivas. Este santo varón, de alma piadosa, de impulsos generosos, que en vida llevó el nombre de Don José María Muñoz, era un prócer que ardía consumiéndose en el fuego de todas las caridades, un ser que asaeteado por las ajenas condolencias tuvo la virtud de invertir la mayor parte de su fortuna colosal en la alta empresa de levantar hogares gratuitos para albergue de aquellos desdichados que al cesar la catástrofe, lloraban sin consuelo sobre las ruínas de sus casas rotas, o lanzaban sus ayes a la altura, buscando en vano los perdidos restos del padre, de la madre, del hijo o de algún deudo.

Tan horrible fué el cuadro que la fatalidad dejó en la huerta después de la riada, que la conciencia universal no pudo sustraerse al influjo poderoso de tantas desventuras, y el tirón de la pena, el hervor de las lágrimas de los damnificados, conmovió por igual y a un mismo tiempo las urbes

luminosas, las oscuras aldeas, los palacios dorados, las cabañas silentes, y no hubo un corazón sobre la tierra que al escuchar el nombre de Murcia, entonces víctima de tamaños horrores, no le enviara su óbolo mojado con el llanto de la piedad más honda.

Pero esto no hace al caso. Ya el lector hallará más adelante la narración de la hecatombe trágica.

Volvamos a mi abuelo.

Los primeros abriles de mi existencia anónima los pasé al lado suyo como deajo apuntado, y ojalá, ojalá me fuera dable vivir de nuevo tan felices días, por gozar de un descanso en el camino que me lleva a la tumba con los ojos cerrados, y aburrido de ver tanta injusticia, tanto acerbo dolor, tantas miserias y tantas pesadumbres, pensando en las conciencias de los hombres que no encauzan su vida por la ruta del verdadero amor.

Pero, en fin; basta, basta. No más disquisiciones filosóficas. Al grano, pues, al grano.

Mi referido abuelo se daba una gran maña para mofarse a ratos de mi pueril credulidad de niño, y ¡cuántas, cuántas veces ponía ante mis ojos escenas con intrín-gulis que yo no adivinaba!... Y ¡cómo se



reía cuando el asombro de cualquier engaño me dejaba perplejo y vacilante!...

Recuerdo que una noche veraniega de las mil que pasábamos en coloquio amistoso sentados a la puerta de la casa y hablando de la luna que a la sazón lucía como una enorme torta de luz en el espacio, le dió por divertirse y por que yo también me divirtiera.

El caso fué que el hombre había ideado una linda sorpresa con tan bien estudiada precisión de detalles, que en aquellos momentos hube de convencerme de la verdad del milagro.

En una habitación de la casucha, conservaba él un cuadro de la Virgen del Cármen, a la que le ofrendaba ferviente adoración. Durante el día, mientras yo retozaba por la huerta cazando mariposas o volcando algún nido del peral o el naranjo de la cerca inmediata, con pámpanos de parrá, hojas de higuera, rosas de los rosales que en la esquina crecían, hierbabuena y alábega, tejió el buen viejo cachazudamente una orla preciosísima por la arista exterior del maderámen que rodeaba a la efigie, y ésta, quedó centrada en un gran marco de florido follaje.

Entre aquel laberinto perfumado de ta-

llos, ramas y hojas, escondió cauteloso varias brevas, previamente adquiridas de casa de un amigo, pues apenas quedaban en la huerta, y así el sabroso fruto, al leve roce de cualquier cuerpo extraño, caía sobre un arca que a los piés de la Virgen tenía el pobre viejo.

Aún me resta añadir que allá en mi infancia tomaba yo las brevas por manjar de los dioses y no desperdiciaba la ocasión de engullir las que podía, sin quitarles la piel, ni el pezón muchas veces.

Pues bien; aquella noche notaba yo en mi abuelo cierta sonrisa plácida, un marcado deseo de departir conmigo, sin que yo, ni por pienso, le echara sal a su continua broma.

De pronto el hombre se fijó en mi cara y con acento paternal me dijo:

—Oye, nene; tu padre me asegura que te gustan las brevas... ¿Cómo puede ser eso?...

—¡Que si me gustan!...—dije—¡Más que los *abercoques* y más que las *cirgüelas*!...

—No está mal;—respondió—pero es el caso que ya estamos en julio y no hay en las higueras.

—Algo daría yo abuelo por comerme unas cuantas esta noche.

—No puede ser...—siguió.—Si fueras bueno nunca te faltarían; pero como eres malo no las vas a catar hasta que llegue otra nueva cosecha.

Quedéme algo corrido pensando en la amenaza de mi abuelo, y al fin le respondí:

—Me dá lo mismo... Yo sé que ya no hay brevas.

—¿Cómo que no?...

—¡No, abuelo!... Ayer, muy de mañana, me encaramé en la higuera que hay detrás de la casa y no dí con ninguna. Sólo quedaban dos y eran macocas. Por cierto que los pícaros gorriones me tomaron la vez, y en menos de un minuto no dejaron ni rastro. Los muy sirvengonzones revolaban por sobre mi cabeza, y uno de ellos, el más viejo sería, mientras los otros me sacaban burla con descaro inaudito, al ver que yo trepaba rama arriba, se avalanzó furioso llevándose en el pico las últimas piltrafas que pendían del tallo. ¡Ay, si yo ayer mañana les puedo echar el guante!... ¡Los mato como hay *perros!*...

—¿Lo ves?...—dijo el anciano.—¡Tienes malos instintos!...

Por eso los gorriones nunca esperan a que tú los atrapes.

—A veces se descuidan—le repliqué con sorna.

—Mira; si me prometes querer mucho a los pájaros, yo haré esta noche por que comas brevas.

—¿Pero eso puede ser?...—dije mirando de hito en hito a mi abuelo.

—¡Claro que sí!...—me respondió.— Los niños que no persiguen a los pajaricos merecen, no ya brevas, otras cosas mejores.

—Pues sepa usted que yo no los maltrato; más bien les tengo lástima, porque viven errantes.

—¡Así me gusta a mí!... Pero debes probármelo para que yo no dude de tus buenas acciones.

—¿Qué pruebas quiere usted?...—dije intrigado.

—Que ores ante la Virgen...—me respondió muy serio.

Esa que hay en mi cuarto tiene en todo momento brevas para los niños que demandan su gracia.

—Pues venga usted conmigo;—murmuré sonriente—usted me enseñará las oraciones que he de rezar para ponerla a tono,

para que oiga mis súplicas y me otorgue unas cuantas.

Lanzó una carcajada el pobre viejo y tomando mi diestra me llevó de la mano al dormitorio donde estaba la Virgen.

Ya ante ella, dijo:

—Nene; clava, clava en el suelo ambas rodillas y pídele unas brevas a nuestra Madre Celestial... Procura no levantar los ojos hacia el cuadro, si quieres que tus ruegos tengan buena acogida.

—No los levantaré;—dije inocente, y ya puesto de hinojos.

—Pídele,—prosiguió—pídele brevas!...

—¡Oh, Madre, Madre mía!... Echame unas *macás* y seré bueno como tus angelicos!...

Mientras yo suplicaba sin levantar la vista, mi abuelo, con el cuento de su blanco cayado, hurgó en las ramas que adornaban la efigie, y simultáneamente cayeron casi encima de mis propias narices media docena de *divinas* brevas que yo, loco de júbilo, recogí sin más fórmulas y sin darle las gracias a la Virgen.

Mis voces de alegría y el reir del anciano, llamaron la atención de mi abuelita quien acudió anhelante para ver qué pasaba.

—¡Diablo de chico!...—dijo—¡Parece que está loco de contento!... ¡Qué ocurre, hombre de Dios?... ¿Qué juerga es esta?—continuó dirigiéndose a mi abuelo.

—Verás...—le respondió el octogenario guiñando un ojo picarescamente,—Que el zagal es muy bueno... Le ha pedido unas brevas a la Virgen y ¡oh, ventura! la Virgen se las ha concedido... Míralas, míralas!...

—¡Bendita sea tu alma, encanto mío!...—murmuró la mujer ya percatada del inocente engaño.

Y comiéndome a besos una y otro, sacaronme a la puerta para gozar del fresco de la noche a la luz de la luna.

En tanto que los viejos platicaban, yo la tomé con las sabrosas brevas, y estuve un largo rato paladeando sus mieles con ávida fruición, sin que me preocupara un ruido, asaz distante, que alteraba la quietud de los ámbitos.

—¿Oyes?...—dijo mi abuela a su consorte.—Èse ruido es de un trén que avanza ráudo como el rayo del genio... Pronto parará en Murcia...

—Ès verdad.—le arguyó el interpelado.—Cada vez que oigo el ruido del trén en el silencio de la noche, me estremezco de

horror y sin poderlo remediar me acuerdo de aquel sordo rumor de la riada que, por Santa Teresa hará dos años, nos puso al borde de la muerte...

—¡Calla!...—respondióle mi abuela.—  
¡No evoques la tragedia, y pidámosle a Dios que nunca mande otro castigo igual a estos contornos.

—¡Santa paz a mis primos!—replicó el pobre viejo.—Paz a aquel matrimonio desdichado que con su hija Dolores y el mancebo gentil que la rondaba, pereció en la catástrofe.

—Recemos por sus almas una breve oración...—dijo triste la anciana.

“Padre nuestro que estás en los Cielos...” fué la respuesta del octogenario.

\* \* \*

Las brevas de la Virgen, me sentaron muy bien, a las mil maravillas, y mientras ambos viejos musitaban su cristiana oración, preso en los brazos del padre de mi padre, me dormí santamente, como deben dormirse los Ángeles del Cielo en los brazos de Dios.

.....

Lector: Muchas escenas de las que yo te pinto en las siguientes páginas, me las contó mi abuelo, otras mi abuela, y otras de menos bulto, las vieron mis pupilas después de la riada...

Termino, pues, el prólogo, y comienza la historia... Si ésta logra que brote de tu espíritu un recuerdo piadoso para los que murieron en la horrenda catástrofe, tal es el galardón que más codicio.

Con tu venia, lector, entro en materia.







# VISIONES DEL PASADO

## I

### PERSPECTIVA ANTAÑONA

La antigua ermita de Patiño, aquella que yo en mi infancia conocí, se alzaba sobre una fertilísima comarca de la huerta de Murcia, mirando siempre a la ciudad y dándole la espalda al promontorio, riscoso y prolongado, o más bien gigantesca cordillera que nace en Carrascoy y acaba en Columbares.

Tan modesta morada religiosa construída sin arte arquitectónico ni adecuados relieves en sus cuatro paredes estucadas, mostrábase a los ojos del viajero como blanca paloma circundada de arbustos y hortalizas, señoreándose en medio de ele-

vados cañares y de un pomposo moreral que entonces le prestaba su sombra bienhechora.

Dos campanas de bronce coronaban su alegre frontispicio, y en su panda techumbre sin cimborrio ni cúpulas, chapiteles, ni cruces, bajo las tejas de verdín vestidas, fabricaban sus nidos los gorriones o buscaban refugio los murciélagos.

A bien poca distancia, por enfrente de dicho eremitorio, y casi bordeándolo en amplio semicírculo, discurría y aún sigue discurriendo, la acequia conocida por acequia de Alguazas, popular acueducto sobre cuyos quijeros y cerca de su cauce sinuoso, quiso la advesidad que en noche lóbrega triunfara con macábricas demencias la orgía de la Muerte.

Desde Murcia hasta el glasis de la gran cordillera que cito al comenzar este preámbulo, un angosto camino que antaño se llamó carril de "Enmedio" cruza el trozo de huerta comprendido entre el río Sangonera y la acequia del Junco; y al salvar la de Alguazas, de firmes y altas motas, interrumpe su línea un viejo puente que en no lejanos días lo formaban tres bloques de asperón o de sílex.

No olvidemos que en este mal descrito

lugar de nuestra huerta, y en otros que no nombro, el dolor de unas horas de indescriptible angustia, plasmó en aciaga noche los hechos que culminan al final de esta historia.

Volvamos la cabeza, lector mío, hacia el feliz pasado, hacia otros bellos días que ya no volverán porque se fueron llevándose consigo la ignorancia de entonces, más pura que la actual sabiduría; la santidad de pensamientos fieles; la envidiable modestia, siempre hermosa, la franqueza sin límites; el respeto recíproco entre hermanos; el amor sin maldades ni egoismos, y aquella paz en la virtud basada que disfrutaron todos nuestros progenitores.

Figúrate, lector, que los cien años del siglo XIX, son cien grandes espejos numerados que están en redor tuyo reproduciendo con fiel exactitud la vida de otras épocas que duermen en el regazo de la Eternidad... Avanza!... Párate ante el setenta, y sin que te distraigan nimios detalles de incentivo escasos, clava por un momento tu vista escrutadora, allá, en la humilde Ermita que al principio nombré. Verás en ella multitud de fieles de hinojos elevando plegarias a los cielos mientras un sacerdote revestido celebra el Santo Ofi-

cio de la Misa. Tras esta ceremonia, simulacro divino, místicamente bello, que despierta en las almas fervores inefables, los concurrentes al piadoso culto, desfilan por caminos y veredas a cumplir sus deberes cotidianos en el hogar que habitan, para volver después con el propósito de asistir a la fiesta que en honor de la Virgen, de esa Paloma conocida en Murcia por Reina Celestial de la Fuensanta, tendrá lugar al declinar la tarde.

El programa que anuncia los festejos, no anuncia cosas nuevas ni supérfluos derroches: Arcos vestidos de follaje espléndido con gallardetes de papel y adornos de pámpanos y flores de las que dá la huerta; procesión religiosa, tronadores morteros, *cobetones* fugaces, estrepitosas tracas, rabiolas carretillas, y algo que sin ser clásico resulta siempre típico: ¡Puestos de *casca-ruja!*...





## II

### LA PROCESIÓN

Ya principia la huerta a destocarse de las mágicas galas que se puso con los primeros brotes de la estación primaveral... El Sol de octubre con su radiante luz dora la Ermita, casto refugio del Amor Divino donde la Fe descansa... La brisa juguetona sacude blandamente los rosales, geráneos y alelíos de los huertos vecinos transportando el aroma de las flores de un lado para otro en invisibles ráfagas, y a ras de los senderos y predios por la azada removidos, veloz surca los aires la emigradora golondrina tímida, barriendo el polvo al agitar sus alas, para alzarse después con rumbo al Cielo.

¡Hace su cumbre el día y el Sol su punto cenital rebasa!...

Cuando ya los estómagos suspenden satisfechos la función fisiológica de nutrirse saciándose de manjares y líquidos, retumban sordamente allá en la Ermita quince detonaciones sucesivas, tremendas cual quince cañonazos...

¡Son salvas disparadas en honor de la Virgen, señales que pregonan con rimbombante estruendo, la fiesta popular que los huertanos por tradición celebran en aquel solitario rincón de encantamiento.

Fíjate ahora, lector, en las viviendas que pueblan el contorno, dilatado, magnífico, como una verde alfombra salpicada de flores... Son humildes casuchas y frágiles barracas que ya abandona el elemento juvenil... Todas quedan a cargo de ancianos impedidos o de enfermos no graves que el bullicio repudian por mor de sus dolencias...

Triscadores y alegres, como enjambres dispersos, pululan los chiquillos por atajos y trochas, y el angosto camino que conduce a la Ermita, nos dá la sensación de un jubileo.

Por su cinta empolvada van pasando y basando consecutivamente, cual redivivas

sombras de una larga película, morigerados hombres de reciedumbre atlética que son los encargados de transportar la imagen por la ruta marcada; mujeres empuñando la vela como un cetro que luego depositan en el altar del santo de sus más predilectas devociones; nutridos grupos de garridas mozas que han sacado del arca sus prendas domingueras y van por los senderos, garbosas y arrogantes, dando envidia a las flores, y toscos mozos de robusta estampa con enormes cayados y pesadas garrotas, unos detrás de la juncal huertana que se enciende de amor cuando la miran, y otros en plan de jubilosa jueriga, cantando alegres coplas de sabor picaresco al son de las guitarras, bandurrias y violines, cuya vibrante música enardece tanta sangre morisca.

La explanada que a modo de plazuela se extiende ante la Ermita, la va invadiendo atropelladamente un inmenso gentío de abigarrado aspecto por la gran variedad de indumentarias que exhiben las personas reunidas en el átrio.

Allí está el zagalejo de colores chillones con haldas recamadas de vivas lentejuelas; allí la larga enagua de exagerado vuelo con pocos ringorrangos y menos faralaes;

allí el pañuelo hilado con seda de la China, ceñido a bustos mórbidos a manera de clámide; allí el delantal típico de la mujer sencilla con serios arrequives que el uso ha desterrado; allí la recogida rancia montera de saliente pico cubriendo duras testas; allí el sombrero calañés flamante, de chata copa cónica, capaz de resistir la acción del rayo; allí los zaragüelles o más bien cortas masculinas faldas de blancura impecable; allí el corto jubón de enormes broches fabricados de plata que tomara un bramán por amuletos; allí las anchas fajas de consistente urdimbre como enroscados áspides prensando las cinturas, y allí, en fin, los estrechos pantalones huertanos de extravagante corte, en consorcio feliz con las chaquetas y blusas recortadas de formas imprecisas, nunca adaptables a las nuevas modas...

¿Verdad, lector querido, que estos cuadros de antaño conservan en su fondo algo así como un óleo de plácidas delicias que endulza los recuerdos, cierto grato perfume de bellezas vividas, un sabor a lo atávico que no se agota nunca, santificadas huellas de cosas que pasaron para hundirse en la Nada sin hundirse del todo, a pesar de la fría indiferencia con que va el moder-



nismo dejando que las cubra la pátina del tiempo?...

No apartes tu mirada de la Ermita y observa con fruición los varios corros de mozos y de mozas que ya están preparándose para empezar el baile... ¡Tratan de demostrarnos la imponderable agilidad que tienen para llevar a cabo y sin fatiga, rapidísimos giros, asombrosas piruetas, dislocantes escorzos y acrobáticos saltos!...

Dejémosles que adopten las posturas que reclama la danza, y en tanto que unos zafios tañedores templan sus instrumentos, ven conmigo a gozar de otras escenas que han de serte agradables.

¿Oyes nuevas descargas a una distancia prudencial del átrio?... ¡Son roncos *morteres* que anuncian la salida de la modesta procesión!... Los hombres de alma brava permanecen en pié sin alarmarse; los timoratos con valor dudoso huyen despavoridos; y hay valientes mujeres que impávidas se burlan de aquellas trepidantes recias repercusiones, como hay otras más tímidas que elevan ambas manos y se tapan medrosas los oídos, creyendo amortiguar de esta manera la vibración del trueno que se expande conmoviendo la atmósfera, límpida y transparente.

Ya las campanas del pequeño templo volteando alocadas celebran la triunfal epifanía de la Madre de Dios en cuyo rostro refleja el Sol su luz desde el ocaso, y un tropel de chiquillos o imberbes mozalbetes invade la carrera enarbolando cañas como si fueran tirsos de un festejo pagano... Después un pirotécnico dispara sus cohetes que estallan junto al cielo, y en filas paralelas avanzan las devotas y devotos de la Virgen Santísima, con cirios encendidos solemnizando el acto. Detrás de un estandarte caminan silenciosos varios hombres, paladines dispuestos a morir por la Fe, pan de las almas que veneran a Dios, glorificándolo. Estos son los Auroros del partido, los que de puerta en puerta después de media noche, y al compás revibrante de una esquila de mano, su melancólica, oración desgranán en la quietud matutinal, o entonan una salve con deijos de responso, por el descanso eterno del confrade difunto...

Custodiando a la excelsa Fuensantica, va un sacerdote recitando preces, y cierran el cortejo procesional diez músicos murguistas, mal avenidos entre sí, que aprietan de lo lindo sobre sus instrumentos, arrancándoles notas, no armónicas a ratos, y a ratos combinadas con rabiosos discantes, al par

que adoptan los tostados rostro cién gesti-  
culaciones y contracciones cómicas, resul-  
tante obligada de los recios esfuerzos que  
les pide la insuflación grotesca.







### III

#### JÚBILOS QUE EMPIEZAN

Ya se alejó la procesión!... Dejémosla marchar tranquilamente, y entretanto, clavemos nuestros ojos otra vez en la Ermita.

—¡*Torraos* calientes y avellanas finas!.. ¡Almendricas mollares no fallutas y nueces sin *busano*!...—gritan los vendedores pregonando sus géneros.

Y los mozos se agrupan en torno de las mesas rebosantes de aquella mercancía, llenan sendos pañuelos, previamente arreglados en forma de bolsón, y así dan en las manos de las cándidas mozas que aceptan sin remilgos el obsequio del galán que las ronda, vanidoso y jovial.

Entre el bullicio de la compacta multi-

tud se escuchan los primeros acordes o sonoras cadencias de la guitarra lírica que en rápido crescendo se convierten en zambra, y a la copla vibrante que unos labios modulan le sucede el repique, áspero y seco, de las locas postizas, semejante al chirrido continuado de un burdel de cigarras que estallaran cantando bajo el Sol tropical... ¡Son los bailes que empiezan con prudente algazara, para acabar después, ¡quién sabe cómo!...

.....

Lector: Ya has contemplado diferentes escenas de las que allá en la ermita de Patiño representaron en lejanos días personas cuyos ojos para una eternidad quedaron ciegos al robarles la Muerte la luz que en ellos encendió la Vida.

Si no te cansas de mirar conmigo, sigue, sigue observando, pues me anima el deseo de darte a conocer algunos tipos de los que en pleno baile dieron la nota trágica, desluciendo la fiesta.





## IV

### PEPE Y DOLORES

Eran Pepe y Dolores, dos sencillos huer-  
tanos de los de pura sangre berebere; dos  
almas hechas lumbre que encerradas en  
rústica envoltura, se amaban sin prejuicios  
ni egoistas quimeras, porque así de los dos  
lo demandaba esa de los veinte años precio-  
sa juventud que sólo gime cuando el Desti-  
no impío le arranca una ilusión o le destro-  
za una de sus más bellas esperanzas.

Ciegamente adorándose dejaban trans-  
currir meses y meses pensando en un buen  
año de cosecha abundante que les trajera  
pingües rendimientos para poder matri-  
moniar.

Cuando dos se idolatran y caminan con

el dulce bagaje de la ilusión en el alma hasta los días les parecen más bellos.

Ella, cándida moza de un garbo incomparable, sugestivo, con sus pocos abriles, alegre y vivaracha, graciosa y formalica, cifraba sólo en Pepe sus afectos más puros, y lo amaba, lo amaba con tan ciega vehemencia, con firmeza tan sólida, que al decir de las gentes, en presencia del novio afortunado, brotaban de sus labios ternuras inefables que no se atreve a describir la pluma temiendo profanar algo divino.

Su cuerpo, barro virgen carente de cultivo, fué un día fecundado con la semilla del amor primero, semilla que al calor de la esperanza germinó sin obstáculos, invadiendo su alma con tal fogosidad y lozanía, que ella misma ignoraba los motivos de que en su amante corazón nacieran tantas y tantas flores.

Pepe también sentía mucho amor por aquella rosa temprana del edén huertano; pero en el cielo de su amor flotaban nubecillas capaces de ennegrecer su dicha. Mozo con ciertas ínfulas y muy pagado de su brava estofa, la amaba locamente, con ese amor avasallante y rudo de las almas incultas que, sin poderlo remediar acaso, quieren tan brutalmente que, a veces, cuan-



do intentan llamar a un corazón que aguarda ansioso, con sus palabras vejan, con sus caricias hieren y con sus besos matan.

Pues bien; estos defectos firmente arraigados a la mente de Pepe, tenían por origen unos celos ocultos que le iban arañando tercamente dentro del corazón, como si fueran garras de gavilán enfurecido, y no encontraba nunca medicina apropiada para hacerles huir de su guarida.

De noche, cuando a solas dormitaba en el lecho, no cerraba los ojos. ¡Siempre las dudas acabando en celos y los celos trocándose en fantasmas, burlones y asediantes, llenaban por completo su memoria, centuplicando su inquietud y haciéndole sufrir, tras largo insomnio, pesadillas horribles, sueños pintados de color de sangre!...

La dudosa conducta de un tal Pencho, jóven dicharachero, vecino de la bella huertanica, le tenía irritado. Èste, la mayor parte de las noches en que Pepe no hablaba con Dolores por no ser noches de obligada ronda, iba a charlar con ella, y a contarle en tertulia con sus padres, relaciones en verso, chascarrillos e historias que todos celebraban grandemente. Sin embargo, era pública la idea de que Pencho iba a ver a la

zagala, no en plan de novio en ciernes, ni pretendiendo amores, aunque dentro de su alma también Amor ardía; iba... a pasar el rato, como suele decirse, porque los mismos padres de Dolores le daban libertad, silla y licencia para entrar en la casa.

Como Pepe habitaba en Algezares, pueblecito riente que se yergue pacífico sobre el límite Sur de nuestra huerta, y lugar no cercano al domicilio de la linda Dolores, la distancia acrecía sus zozobras, ansiedades y penas, y era un perpétuo padecer su vida con tanto alimentar dudas quiméricas, sospechas y temores de que un ladrón furtivo le pudiera robar el gran tesoro de su amor, de aquel amor que el mozo suponía filón de gloria expuesto a la codicia ruín de otros amantes que andaban a la espera de un momento propicio.

Solamente las noches que a rondarla acudía descansaba su espíritu agitado.

¡Cuántas veces, Dios mío, refléjanse en el campo de mi mente como pálidas sombras o animados recuerdos de un pasado lejano, los simpáticos tipos de Pepe y de Dolores, formalmente sentados el uno junto al otro, diciéndose donaires y ternezas bajo el verde parral que doselaba la puerta

de la rústica casucha de la ideal huertana!...

Una noche de aquellas en que el mozo fué a verla con el alma intranquila, sufriendo y resistiendo la cruel mordedura de sus celos crueles, trabaron ambos el siguiente diálogo, precursor de enojosas pesadumbres que pronto convirtieron las francas risas del donoso idilio en lágrimas de un drama.

No de muy buen talante, es decir, preocupado y descontento llegó Pepe a la casa y saludó indeciso. Doloricas, al verlo, sonrió; mas no pudo reprimir una mueca de inquietud barruntando algo anormal en el arisco mozo.

Sentáronse en sus sillas con manifiesta gravedad, y enfrente, se acomodó la madre da la chica, quién como no entendía la jerga sigilosa de los novios, celaba con cautela y ovillaba madejas de algodón para escarpines, siguiendo con la vista el lento giro de unas devanaderas que a su lado tenía.

Soliviantada la mujer miraba de hito en hito los gestos del novio de su hija, y mostrábase inquieta porque desconocía, a pesar suyo, los verdaderos móviles del enconado diálogo.

Mientras tanto, el zagal y la zagala, platicaban con terco afincamiento de algo desagradable que ponía en sus frentes sombras de hondos disgustos.

Prosigamos el hilo de esta historia, y así podremos escuchar el grave coloquio suscitado por Pepe aquella noche.





## V

### CORDIALIDADES VAGAS

—Dolores, esta noche no está er pan pa sobaos y no sé cómo icirte lo que icirte no quiero.

—Si que paece que vienes con cara e pocas fiestas!—le replicó Dolores—¿Qué mar bicho has pisao?...

—Pos te lo voy a icir.—contestó Pepe.

—Si?... ¡Venga ya!... ¿Qué es ello?...

—No me des esazones con Pencho tu vecino, miá que estoy que echo chispas, y er negocio no pué rematar bien sino te esmiendas.

—Pero... ¡várgame, Pepe!...—dijo entonces Dolores, contrariada y mohina.—Si yo te quiero tanto como quiero a las ni-

ñas de mis ojos; si yo sin tí no vivo... ¿pa qué vienes ahora con esa cantamusa que mo paece un embrollo?... ¡Tú tiés gana e sermones esta noche y ya prencipias a meter la pata!...

—Jamás mete la pata ni tié gana e sermones quien ice la verdá... Ya va pa cuatro meses que lus vide una tarde platicando al escudio...

—¿Al escudio?... ¡Mentira!...—dijo al-tiva Dolores—¡Yo no soy traicionera!...

—¡Pos no aguanto más ancas aunque te hinques de ruillas, ya lo sabes!...

—Pero ascúchame, Pepe: ¿Ès que es malo que Pencho venga a verme angún rato con güenas intinciones y como güen vecino?...

—Pa mi sí, Doloricas!...

—Miá que tiés unas cosas!...

—Tengo lo que me paece pa los dos comeniente. Precura ya que Pencho no te haga mas la ruela como er pavo, y dile que no güerva a vesitarte con monsergas de duendes ni con repalandorias de moros y cristianos, que yo no quió abijorros en ná de lo que es mío.

—¡Tú estás loco y no sabes ni siquiá lo que te ices!... Si eso son relaciones de las que echa en los bailes... ¡Si vieras qué es-

parpajo tié pa hablar de esas cosas!...

—Me paece a mi que a Pencho le tiés tú muncho apego, y eso y sus fantesias, ya me escarabajean.

—Pos no hay motivos, Pepe.

—Ma dicho una presona, cosas que no quió icírtelas, ya que tú te las callas.

—Y qué cosas son esas?...

—Ná par caso, Dolores; que hasta te echa requiebros que a mí no me hacen gracia.

—Hay lenguas en er mundo que con quemás no pagan sus embustes y enreos.

—La custión es que Pencho tié ganas de custiones y ha dicho en cierto sitio que has de ser mujer suya.

—Mentira!... Èse muchacho no prenuncia tar cosa porque sabe de modos.

—Pos yo si pienso icille argo bien dicho pa que no pise más en tus portales si tié una miaja e lo que tien los hombres.

—No hagas tar cosa,—díjole Dolores al oido.—Ni abora ni en jamás de los jamaes dará Pencho motivos pa que tú te enrabiets, ni le tengas ar probe esa ojeriza que paece que le tienes, ni yo soy mujer de esas que armiten carantoñas der primeriquio que les ice pío. Ès mu cierto que Pencho viene muncho a mi casa, pero no tié

ná ocurto, ni hay ná que sospechar. Lo que hay es que tiés ganas de enritarme la sangre.

—Quien ice la verdá no farta nunca ni a Dios ni a las presonas—dijo Pepe.

—Pos abora si fartas porque tuiquio es mentira.—le recalcó Dolores.

—Tú mesma ices que Pencho te vesita.

—Y qué tié eso que ver?...—siguió Dolores.—Como er probe me estima dinde que éramos crios, ayer sin ir más lenjos, me dijo que mañana habrá en la fiesta de la Ermita e Patiño munchas cosas que ver, y que pensaba devertirse a sus anchas... Yo le dije que güeno, que yo tamién iría contigo y con mi maere, lo cual no es un pecao.

—Tú me engañas, Dolores!...

—¡Que no te engaño, leñe!...

—Pos júralo por lo que tú más quieras!...

—¡No hace farta jurar, pero lo juro por tu amor y mi amor!...

Quedó Pepe indeciso, sin atreverse a responder. Lió de su petaca un buen cigarro, y acabó por decir:

—¡Ni así te creo!...

Y acosando a la ingénua Doloricas con mal disimulada pesadumbre, la dijo tantas cosas sin órden ni concierto, pero con tal



vehemencia, con tan celoso encono, que la pobre muchacha para poder vencer las obstinadas pretensiones de Pepe, repitióle con énfasis:

—¡Juro y güervo a jurar que Pencho nunca clavó en mí su mirá con mala idea!... ¡No te compriendo, Pepe!... ¡No sé por qué esta noche me quiés atormentar con tu mardita retórica e los celos!... Yo no farto en jamás a mis palabras ni fartaré... ¡allá tú...!

—¡Calla, calla, Dolores!...—repitió otra vez Pepe.

—¡Pos no quió callar, vaya!... Bien sabes tú que Pencho viene entrando en mi casa dinde er tiempo e la Nana, y no hay motivos pa que abora me vengas con esos regomellos que tós son pura firfa. ¡Eso no es justo, Pepe!...

—¡Pué que tengas razón!—dijo el muchacho, sin desistir de su imprudente empeño.—Pero ascucha, Dolores: Pa mi seis las mujeres en er mundo leña que siempre está al abentestate, y como sé también por esperencia que, nusotros, los hombres, semos tuiquios pajuelas que se encienden y encienden lo que tocan, no estoy porque ese mozo prevoque en tí una flamará que luego no puá apagalla naide. Cuando ha-

ya que encender tu leña un día, yo me basto y me sobro pa arrimalle la mencha. Esto quié icir y digo que, u no hablas más con Pencho dinda abora, u yo pondré las cosas en su punto.

—¡Pués hacer lo que quieras!...—murmuró ella enojada.— ¡Me pienso que estás loco de remate!...

—¡No estoy loco, Dolores; pero si sigo asi puá ser que un día me zampen en las jávias, y tó por curpa tuya ¿me comprendes?...

—¡No que no te comprendo!... ¡Eso es que no te fías de mi presona, Pepe!...

—¡Me fío y no me fío!...—volvió a decir el mozo.— Si yo estuviera siempre pegaico a tus fardas y oyendo tus resuellos, de ná me asustaría, pero vivo mu lenjos y un escudio lo tié cuarquier zagala cuando menos lo piensa.

—¿Escudio has dicho, Pepe?...—repitió la zagala, poniéndosele el rostro de color de amapola.— ¡Y me lo ijistes tú?... ¡Ay maere mía!... ¡Si no juá por el muncho cariño que en el arma tengo pa tí, aboá mesmo se arremataba tó!...

—Habla más abonico que tu maere no te oya!...

—Me da lo mesmo, Pepe!...

—Mujer... lo que tu quieras!...—dijo el novio tomando una actitud más amigable.

Y mientras la muchacha se mordía los labios para disimular esos pucheros, mohines precursores de todas las tristezas que terminan en llanto, prosiguió el mozo así:

—Pero es que estás llorando, Dolóricas?...

—Er caso no es pa menos!...—respondió la zagala.— Me se ha puesto un tremajo en er galillo por culpa e tus tontás...; Miá que eres malo!...

La madre de Dolores que a la luz de un candil se entretenía en zurcir escarpines y en evitar que la gentil pareja se permitiera ciertas libertades que en cuestiones de amor son muy corrientes cuando no hay un testigo que lo impida, miróles de reojo, y vió a Pepe amoscado y a su hija opri- miendo nerviosa entre los dedos un pañue- lo de seda que en la mano tenía con el cual fué a secarse algunas lágrimas que empa- ñaban sus ojos agarenos, lágrimas que la madre desde el sitio donde estaba obser- vando, creyólas consecuencia de algún pueril melindre de su propia zagala, y si- guió haciendo *cestas* con el ojo avizor, ya algo escamada.

Pepe, terco que terco, no abandonó su

tema de celoso insufrible, y pegando su boca en el oído de la inocente novia, prosiguió de este modo:

—¡No te aflijas, Dolores!... ¡U semos u no semos!... Yo te quió pa mí solo y no debo andar témido en icirte que hista que llegue er día de que er Cura nus case, no está bien que otro mozo te haga vesitas sin permiso mío. U me espantas a Pencho de tu casa, u yo me encargaré de icille pronto cuatro cosas bien dichas.

—¡Tú no harás eso, Pepe!...—dijo altiva Dolores.— Mis paeres quién a Pencho por que son sus compaeres, y él los quiere y me quiere sin doblés ni engañifas. ¡No hay razón pa que abora porque a tí te se antoje, jorme yo un laberiento negándome a tratallo!...

—¡Pos así tié que ser!...—insistió el novio.

—¡Pos yo te esobedesco!...—le repitió Dolores.— ¡Si así no te conviene pués hacer lo que quieras!...

—¡Ès que me espachas de tu casa?...

—¡Nunca!... Èspacharte yo?... No! Tú que te emperras en ver pantasma ande no hay pantasma, eres el que te espachas.

—Güeno... pos hista luego!...—dijo Pepe brincando de la silla donde estaba sen-

tado.— ¡Hay muchos corazones que engañan como er tuyo!...

—¡Tú si que estás haciéndome piazos el arma entera con tuiquias tus farfullas!...

—Ya veremos qué sejo le das tú a este negocio!... ¡Mañana, por lo pronto, no quió verte en la Ermita!...

Y ocultando sus iras y sin decir adiós aquella noche, se ausentó de la casa con el alma abrumada bajo el peso aplastante de una absurda querella, amargo fruto del amor que duda de otro amor que está limpio de maldades, aun cuando alguna presunción inícuca oscurezca su cielo.

Cuando observó la madre de la gentil zagala que se iba el terco mozo con aquella rudeza displicente, no común en los buenos amadores, y que su hija se quedaba sola enjugándose el llanto, sospechó que algo grave pasaba entre los dos, y poniéndose en pié, con maternal autoridad le dijo:

—¿Qué demonios lus pasa, Doloricas, que así, de sopetón, se jué tu novio con una cara e Jués apesaombrao que asustaba er miralle?...

—¡Ay maere; ná nus pasa!... Que Pepe tié los diablos en er cuerpo y porque no ascuché sus tonterías, acabó enfurrunchándose. ¡Ya se le pasará!...

—¿Qué se le pasará ni qué ocho cuartos?... No me andes con enreos y aboca ya er costal ¿por qué llorabas?...

—¿Si no lloraba, maere!...

—¿Cómo que no?... Aboá mesmo mirabas apená, y endenantes te vide llorisqueando y engrescá con er mozo. ¡Argo us pasa y no güeno, y me lo tiés que icir!... ¡Si es que Pepe te esprecia, no te apures, que a tí no te ha e fartar un güen partío!...

—Yo no me apuro, maere!... Ès que estoy enritá con la conduta de ese emperrao zagal.

—Pero güeno ¿qué us pasa?...

—¿Na que varga la pena!... Son cosas de nusotros.

—¿Tamién lo serán mías que por argo te truje yo a este mundo!...

Pensaba la simpática Dolores no revelar el diálogo mantenido con Pepe; pero al ver la insistencia de su madre, no pudo resistirse a complacerla, y en un arranque decisivo, ingénuo como su propio corazón, la dijo:

—¿Tié usté razón sobrá!... Oya usté maere; oya usté que er negocio tié muchos pelendengues.

Se le ha puesto a ese diablo en el cerebro la exajerá tontuna de que Pencho me está

haciendo la ruela con malas intenciones, es decir, con prepósitos de hacerse novio mío, y quié que yo le diga que no güerva a la casa.

—¡Pos eso no pué ser!...—dijo la madre levantando la voz cual si le hubieran dirigido un insulto.—De un zagal como Pencho, no tié ná que temer ni ese ni naide que platique contigo.

—Lo mismo pienso yo.

—Pencho es pa tí un hermano y un hijo pa nusotros, amén de un güen ahijado, y... en fin, que si le bustas u dejas de bustalle, no le importa ná a Pepe ni a tuiquia su familia.

—Pos ice que quié verse las caras con er Pencho. ¿Qué debo hacer yo maere?...

—Mandallo a cojer crillas u berros pa sus vacas!...

—Güenas fiestas me esperan con estos laberientos!... ¡Mañana, si no güerve, no me arrimo a la Ermita!...

—¿Cómo que no, zagala?... Güerva Pepe u no güerva, mañana amos de ir juntas a la Ermita e Patiño, y andarás por la fiesta, y bailarás con quien te dé la gana, y si el tamién acude voy a hacelle saber cuántas son cuatro, aunque espiche de rabia. ¡Pos no fartaba más!... ¡Èse no sabe que maña-

na soy yo la que no aguanta que se ande con pamplinas ni te haga morisquetas.

—¡Maere, usté no se meta en nuestras cosas, maere!... No sé lo que me pasa con ese junemero!... Sin poder remediallo le tengo voluntá!...

—Porque eres tonta, leñe!... Los hombres que se afeitan no son tan desigentes!... Si yo estuviera en tu pellejo, ¡güeno!

—Tonta, no; son sus celos que me dan busto y pena!...

—Várgame San Calixtro!... ¡Celos ese arrastrao!... ¡Eso son suterflujos pa gorverte la esparda!...

—Maere, por Dios...

—Lo dicho. Mañana voy a icille que tú estás bien criá y que sabes ande te apreta el apargate. ¡Mardita sea su estampa!... ¡Si tu paere se entera de que te ha hecho llorar, le hace piazos la crisma!...

—Que no se entere, maere; ni tampoco hace farta que Pencho sepa ná. Mejor es que se quede tuiquio esto entre nusotras que, Pepe, ar fin y ar cabo, si ve su dequivoco de fijo gorverá.

—¡Que güerva, u que no güerva, a ese hay que escarmentallo!...

—No me dá güena espina su arrechuzo. ¡Le tié una inquina a Pencho!...



—A ver si vá por lana y sale tresquilao. En fin, tú no te apures y mañana, ¡a la fiesta!...

Iba Dolores a decir que estaba su salud resentida y que por eso la fiesta de aquel año no le importaba un pitoche; pero la madre adivinó enseguida que era un pueril pretexto y enfadada exclamó:

—¡No me rechistes!... ¡A la fiesta y chitón!... ¡Pos no fartaba más que ese zanguango viniera aquí a mandar a lo tío Diego!...

—Güeno, maere; se hará lo que usté diga—murmuró la muchacha con la idea de terminar el diálogo.-- Ámonos ya a dormir que va siendo hora y hay que madrugar mucho.

—Tíes razón. Ámonos; pero mañana...

—No hable juerte que er paere se esto-sió po allá dentro!

—No se estose; es que ronca.

—Pos me paeció su tos.

—Anda, veste a tu cuarto, que voy a ver si er probe nesecita argo abora.

—Güeno, pos... que usté escanse!...

—Lo mesmo digo, nena. Hista mañana!...

Metió Dolores con presteza suma las pocas sillas que en la puerta habían utilizado

ella, el novio y su madre, y descolgando luego de un gancho del parral el mugriento candil que iluminaba con ténues resplandores unos tiestos con plantas odoríferas que esparcían su esencia delicada perfumando el ambiente, se entró en su habitación de mal talante y murmurando con respecto a Pepe: “¡No sé qué hay en sus celos que me dan busto y pena!...”

La madre, incontinenti, siguió a su hija y atrancó la puerta refunfuñando a solas de tal modo que aún pudo su zagala percibir que decía: “¡Pos no fartaba más que ese zanguango viniera aquí a mandar a lo tío Diego!...”

Después de unos minutos de silenciosa calma, roncaba lindamente el matrimonio; pero ¡ay! Dolores, sin pegar los ojos daba vueltas y vueltas en la cama, temiendo y deseando que asomara la luz del nuevo día.

Motivos?... ¡Los de siempre! Los motivos que llevan por falsos derroteros al corazón amante que se queda sin alas para poder volar sobre el abismo que abre a sus piés la ingratitud odiosa.

Cuando el amor más puro se vé preso en las redes de otro amor que barrunta traiciones alevosas por culpa de unos celos, ya no hay dicha posible para ninguno de los

dos presuntos clientes del Dolor... El celoso se alarma, calla, gime, interroga, pesa, mide, vacila, padece y hace padecer, recela y hace recelar, maldice y hace maldecir, y es tal su ofuscación, tal el veneno represado en su alma que, si el temor al Dios que enfrena todas las pasiones humanas no existiera, llegaría hasta el crimen sin darse cuenta de su enorme yerro, ceguedad o locura.

Pero ¿y el otro amor, el amor puro, aquél que sin faltar a sus deberes viene a ser vil objeto de injustas opresiones?... ¡Cuántas veces, Dios mío, no se asoma a la vida para no dar lugar a que la infamia pregone liviandades que no existieron nunca, o porque atisba a la maldad ansiosa de sorprender un gesto que haga pasar por crimen lo que fué una mirada sin malicia!... ¡Cuántas veces, repito, vuelve la espalda a la amistad más tierna y esquiva los saludos de seres entrañables que, al huir contrariados, no ven que en el silencio de su pena riñendo están con denodados ímpetus el temor y el deseo, derrotándose hurraños!... Ah, si!... Bien a menudo nos dice la razón y la experiencia que el chacal de los celos muerde siempre en dos víctimas con furor despiadado: ¡En el alma inocen-

te que sin culpa es vejada, y en el alma culpable que entregada a los celos, ciega y no sabe amar!...

Con estas y otras muchas reflexiones, la pobre novia del ingrato Pepe, sin conciliar el sueño aquella noche, la pasó dando vueltas en la cama, temiendo y deseando que asomara la luz del nuevo día.

.....

Lector: Con tu licencia colocaré otra vez ante tus ojos la Ermita de Patiño de la cual ya conoces los rasgos más salientes. Asímate al espejo en cuya luna veías hace poco la riente silueta de aquella humilde casa de Dios, ya derruída o negligentemente conservada, cuando aún pudiera ser vieja reliquia de inapreciable estimación para muchos huertanos.

Si no te han aburrido las pasadas escenas, procura no perder ningún detalle de las que ahora verás. ¡Silencio y mira!...





## VI

### UN DRAMA EN PLENA HUERTA

Los últimos reflejos del moribundo Sol, reverberando en la parte más alta de la Ermita, tiñen su gris tejado de áureas tonalidades, y, allá, en las altas crestas de la Sierra vecina, se yerguen los graníticos gigantes picachos, como esfinges bañadas de un intenso arrebol que nos deslumbra.

Ha llegado a su término la procesión y vuelve, con dirección a la pequeña Iglesia, por el mismo camino que llevó a su salida... En derredor del edificio bullen los rudos habitantes del contorno, y zumban por los aires con ecos de colmena alborotada, con rumor de confusa algarabía, voces, gritos, canciones, arpegios de guitarras, picados

de bandurrias, lamentos de violines, repiques de postizas, sonidos de requiebros, y risas de huertanas que huelen a claveles, tipos de castidad incorruptible, cariñosas y buenas, sencillicas y afables, placenteras y hermosas como la tierra que las vió nacer.

En la espaciosa puerta de una alegre barraca contigua al Santuario, la juventud se apiña. ¿Qué sucede?... ¡Nada, caro lector!... Es una zambra donde con loco júbilo triunfa la malagueña; es un baile de aquellos cuyo principio viste hace muy poco.

Dolores, custodiada por su madre, se encuentra allí tambien; pero no de buen grado... Su gesto no es su gesto, su cara no es su cara, su risa no es su risa... Lleva un algo por dentro que entristece su espíritu... Sin el mandato maternal, acaso no estaría en el baile...

La madre se ha sentado detrás de la zagala y le hurga suavemente o le da algún pellizco, queriéndola decir sin expresarlo, que se anime y no esté malhumorada, pero la chica en vano pretende obedecer, no puede... Los celos de su novio le han lastimado el corazón, y lleva clavado en sus entrañas el puñal de esa pena, y en su mente

el recuerdo obsesionante del último coloquio que mantuvo con el galán ingrato... Hondamente inquietada clava sus negros ojos, ya en las sendas de enfrente, ya en el largo camino que rozando la Ermita se pierde allá a lo lejos, ya en los amplios recodos de la acequia de Alguazas donde todo es bullicio, confusión y alegría, pero no vé a su novio cuya ausencia le intranquiliza el alma doblemente. ¡Ni cómo verlo, pues!... El zafio mozo no ha faltado a la fiesta, pero está ya dos horas escondido en la gárrula espesura del cercano cañar, vigilando a Dolores como Otelo celoso vigilaba a Desdémona, y en espera de Pencho, el inocente nuevo Casio que quiere a la muchacha con una ingenuidad propia de hermano, sin presumir siquiera que el odio y el rencor de un mal amigo, le están amenazando fieramente...

Pencho también se encuentra allí, en la fiesta, con otros amigotes de su misma prosapia, bromeando y solazándose detrás de las zagalas que en continuo flirteo, pizpiretas y alegres, deambulan por delante de la Ermita, no sólo con la idea de holgar y divertirse, sino también con el afán de ver si logran llevarse tras de sí algún corazón prendado de una mirada luminosa, ar-

diente, o de una sonrisa franca y seductora.

La diosa casualidad, alma de todos los hechos imprevistos, esa hada caprichosa que lo mismo nos conduce por caminos ignorados a las doradas cumbres donde el Bien nos aguarda que a los negros abismos donde el Mal nos acecha, hace que el pobre Pencho dé al fin con la barraca y asista al espectáculo del baile que en ella vá, de un modo progresivo, cobrando animación extraordinaria.

De pronto, vé a Dolores, sin el novio a su lado, sentada entre la alegre concurrencia que allí fué acumulándose, bullicioso conjunto que preside Terpsícore sin darse a conocer a sus adeptos, y avanza hacia la bella huertanica con su franqueza natural de siempre, para iniciar un diálogo de escasa duración por lo conciso...

\* \* \*

—Güenas tardes, Dolores... ¿Qué haces aquí sentá como una tonta?...—le pregunta el muchacho.

—Pos... mira, que he venío con mi maere a la fiesta pa divertirme un rato.



—Mu bien, mujer ; pero ¿ por qué no bailas?...

—Porque no tengo ganas de bailar,—le responde.

—Calla, calla... ¿ y tu novio?... ¿ Ande está ese currinche que no le efiso por ninguna parte?... ¡ Miá que ejarte solica en un día como este?... ¡ Eso no se le ocurre ni al que asó la manteca!... ¿ Te se habrá puesto malo?...

—Yo no sé una jelepa de ná de lo que me ices.—contesta la zagala.— ¿ Lo has visto tú en la Ermita?...

—Yo, no ; pero me pienso que cuando no está aquí será por argo... A lo mejor su paere me lo puso a regar y ¡ adiós morena!... Ni pué venir a verte ni escudiar en el riego.

—¡ Ojalá juera asi,—dice la chica con aire melancólico.

—Pos eso tié que ser!—responde el mozo.

—Yo me güelo otra cosa.

—¡ Juera e penas y baila!... Si estás que paeces una mosca muerta!...

—Ya te he dicho endenantes que no bailo!...

—Ni conmigo tampoco?...

—Ni contigo.

—Amos, anda... síquiá una malagueña...

—Te güervo a icir que no!... Ères mu desigente!...

—Pos si tiés que bailar!...—tercia la madre con agria entonación.— ¡Juera e remilgos, leñe!... Anda, Pencho, que toquen; verás como sí baila!...

La imperiosa salida de la madre, enérgica, glacial, autoritaria, pone fin a los dimes y diretes de uno y otro zagal y accediendo Dolores a los ruegos de Pencho, saca de su escondida faltriquera las flaman-tes postizas adornadas con dos lazos de seda de vistosos colores, y sonrío delante del amigo, su admirador ingénuo; mira con ansiedad hacia la Ermita en donde no vé a Pepe, y aguarda resignada a que la copla se extinga en un lamento para empezar la danza, y... ¡ya los ves, lector, a bailar van con el aplauso unánime de todos los presentes!...

Al propio tiempo Pepe, atisba escondido entre el follaje del frondoso cañar cuyas raíces le prestan solidez a los quijeros de la acequia de Alguazas; y desde allí contempla la locura del baile con esa inquietud páfida propia del hombre que se dá a los celos. No advierte el desdichado que esta pasión insana tiene serios peligros y zozo-

bras sin cuento que entristecen la vida. No vé que aún en los casos en que una dolorosa certidumbre desenmascare la verdad dejándonosla al desnudo, suele ser tal pasión grave dolencia del corazón humano, fiebre morbosa y pertinaz que, a veces, embota los sentidos y nos lanza con sacudimientos de vértigo en el torbellino del crimen.

Pepe, de vez en cuando, se alarma en su escondrijo y asoma la cabeza con precaución de lince por los claros que dejan al moverse las cañas de cuyos tramos penden las hojas verdinegras como agudos puñales. Ahora fija su vista en la barraca, y pálido y convulso, vé a Dolores delante del rival que más odia, del presunto ladrón de sus amores. Una ola de sangre se acumula en su rostro y es tal el repentino sobresalto que experimentan sus nervios en tensión que, inmóvil, alelado, como autómata inerte que empieza a desplomarse, quiere andar y vacila, quiere hablar y no puede, quiere ver y una nube de sombras agitadas por un genio maléfico, negras como su instinto, se le agolpa a los ojos hasta hacerle cegar. Después vá lentamente recobrando el sentido, y vuelve a distinguir con precisión exacta cuantas cosas y objetos abarca su mirada alucinante: sendas, trochas,

caminos, árboles, plantas, flores, y el trajin continuado de personas que llegan o se marchan del baile... todo, todo lo vé, todo lo escruta, todo con fuerza sin igual le atrae, menos algo piadoso que debiera atraerle con potencia de imán: ¡Las viejas cruces de madera tosca que, allá, en el alto lomo de la vivienda atávica, se yerguen cual dos símbolos de perdón y de paz!...

En medio del gran círculo que forman los curiosos y asistentes al baile, se hallan Pencho y Dolores, la pareja gentil que en ningún caso se rindió a la fatiga. Ambos comienzan simultáneamente, con pausadas cadencias, la danza magistral que vá en aumento a medida que aumenta el entusiasmo, y poco a poco, acelerando el ritmo, brincan, corren, avanzan, se acercan, retroceden, se estiran, se doblegan, se atacan, se defienden, enarcan sus cinturas que tienden a quebrarse, retuércense sus torsos oscilando violentos, y con viveza ratonil describen vertiginosos giros, gimnásticas cabriolas y arrogantes mudanzas, sin dejar de acoplar sus movimientos al rún rún de la música y al crujir de los cró-talos...

—¿Quién baila?...—gritan varios de los espectadores.

—¿Quién habla?...—les contesta con agitada voz el pobre Pencho.

Y cuando ya la concurrencia enardecida, se estremece de júbilo y el placer se desborda, y los unos aplauden y los otros requiebran y la danza está a punto de terminar, Pepe irrumpe en el baile como fiero energúmeno que olfatea a su víctima, que camina sin alma buscando a quien matar.

De repente dá un salto, salto de tigre herido, y acogotando a Pencho con sus manos de hierro, le hace besar el polvo rugiendo en vez de hablarle: “*¡Con mi novia no baila ningún guapo!...*” “Y ya todo es desórden. Pencho inicia un esfuerzo y, al fin, logra escaparse de las garras que sin saber por qué le han apresado; pero ¡ay! al pretender interrogar, retumba sobre su rostro lívido, con chasquidos de afrenta un terrible bofetón, cuyo golpe le deja conturbado y sin alientos para poderse defender... Dolores, lanza un grito apenada, y se acoge a su madre... Esta, increpa al rufián con los más duros pésetes y escogidos apóstrofes del lenguaje huertano... La música enmudece; la danza no prosigue... Las mujeres insultan, los hombres vociferan. Los menos, intervienen queriendo conciliar lo inconciliabile, y muchos afectados de pá-

nico terror, como un trigal batido por furioso huracán, huyen de la contienda... Cunden las voces y la alarma cunde... La procesión que torna se refugia en la Ermita... Pencho repele la agresión con otra rabiosa bofetada... De pronto suena un tiro que, al restallar, acrece la confusión y el espanto y, allí, junto a Dolores que se ha quedado sola y abrazada a su madre, surge un cuadro de horror en cuyo fondo posa miradas de indecible angustia, y cual trágico epílogo de la lucha sangrienta, colofón de una vida que la Muerte cruel ha exterminado, vé delante de sí, muda de asombro. "Un asesino en pié y un hombre en tierra."

\* \* \*

Lector: ¡Ha muerto Pencho!... Aunque de su persona no te hice la reseña, te diré que era un jóven, pacífico y honrado, jovial y ditirámico, juicioso y apacible, trabajador y bueno, que supo conquistarse la voluntad de aquellos que en vida le trataron. Su falta de cultura no era en él un defecto truncador de sus méritos... Llevaba el corazón siempre en los labios para decir donaires, suavizar asperezas y animar a

los tristes... No fué hipócrita nunca, ni pretendió a Dolores, como Pepe creía...

¡Así las apariencias nos suelen engañar múltiples veces, cuando los celos rugen en las almas que ciegan!...

La conmiseración de todos sus vecinos y amigos, con el remordimiento de su propio verdugo, flota sobre su tumba... Si Pencho hubiera, aunque remotamente, presagiado su fin, o si hubiera sabido que al bailar con Dolores decretaba el Destino su sentencia de muerte, no lo habría intentado... El profundo silencio de su mejor amiga, por evitar discordias, contribuyó al violento desarrollo del drama, y la mano de un loco irreflexivo cortó aquella existencia sin manchas de pecado, porque no pecó nunca...

Dejemos ahora en paz, lector querido, la Ermita de Patiño con sus clásicos bailes y su fiesta antañona, y al seguir oteando por la ruta que tomaran después Pepe y Dolores, como póstuma ofrenda tributada a una víctima inocente, hagamos porque brote del fondo de nuestras almas un rayo de clemencia que ilumine el recuerdo de aquel hombre de bien, mártir sin culpa.







## VII

### **CARTAS SINCERAS**

Sobre el corcel del tiempo caminando veloces han pasado unos meses. Debido a la presión perseverante de muchas y valiosas influencias, pernicioso recurso, siempre en boga, que a veces se convierte en vilipendio de quien no lo repudia, ya que sólo en contadas ocasiones sirve para que triunfe la Justicia, la Ley condenó a Pepe como autor meramente responsable de un homicidio simple con muchas circunstancias atenuantes; pero aún así se abrieron de par en par las puertas del Presidio, y en él penetró el reo a expiar encerrado entre sus muros una condena leve, no adecuada al delito perpetrado.

Durante el lento curso de esos prelimi-

ñares que llaman los juristas periodo procesal, hasta el día en que un hosco tribunal dictó el fallo basado en mil razones posiblemente apócrifas, las aseveraciones de pruebas y testigos por nadie recusados, convencieron a Pepe de la tremenda infamia de aquel hecho punible, persuadiéndose al fin de que sus torpes celos habían sido una obsesión ridícula, sin fundamentos lógicos, y ante la certidumbre de su error y su crimen, se llamaba asesino maldiciendo su estrella, y eran Pencho y Dolores, el primero su eterna pesadilla, la segunda su ídolo.

Por los dos las tormentas de su espíritu trocadas en vorágine absorbente, se iban tragando con crueldad de monstruo, las pocas ilusiones que aún le quedaban para amar la vida.

En el mes de diciembre del año 1871, bajo el cendal de brumas de una triste mañana en que los cielos ocultaban su espejo de cobalto con un plumizo cortinón de nubes que dejaban caer sobre la tierra lenta y copiosa lluvia, desafiando las iras del reinante fenómeno atmosférico, salió de Murcia un hombre conducido por la Guardia Civil. Llevaba el rostro sepultado en el pecho, las manos esposadas, y encima de

sus anchos omoplatos, pendiente de ambos hombros por medio de unas cuerdas mal sujetas, gravitaba un petate cochambroso que le obligaba a caminar con pena, jadeante, encorvado...

Era Pepe, era Pepe que partía con dirección a otra prisión, acaso para no volver nunca a su suelo nativo, a su huerta adorada.

Dejóse atrás el Puente del Segura, cruzó el popular Barrio de San Benito; luego, descansó en el Palmar, brincó después el Puerto de la Cadena, y siempre carretera adelante, tras una penosísima jornada de esas que acaban por rendir al hombre de más recio organismo, dió al fin en Cartagena, cuyo penal abrióse con silencio de tumba para que entrara en su recinto austero aquella ruína humana, con los ojos llorosos, con la frente marchita, con el alma medrosa y el corazón sin bríos para seguir latiendo.

Sumido en las perpétuas lobregueces de aquel antro oficial lleno de réprobos en donde no halló nunca un gesto de piedad para los tristes, falto de aire y de sol, libaba con paciencia la hiel de esa amargura que el dolor va esprimiendo lentamente de las almas contritas que dialogan a sólas

con el remordimiento de un algo irreparable.

La sombra inconfundible del inocente Pencho, flotaba a todas horas delante de sus ojos inundados de lágrimas, y cuando los cerraba con la idea de no ver el espectro modelado por su alucinación en el ambiente, un resplandor de hoguera penetraba sus párpados, llegándole hasta el alma, y la imágen querida del amigo inmolado se agrandaba aferrándose a su mente como un halo de luz inextinguible.

Y así un día, otro día, una noche, otra noche, semanas, meses, años, siempre, siempre en espera del momento feliz, del anhelado instante en que los hombres le dieran libertad para volver al murcianico suelo, con el estigma de su inícuo crimen, pero al fin redimido de sus culpas, sociales, y con su nuevo "yo" ser otro Pepe, no propenso a pasiones, y abrazar a los suyos, y querer con lealtad a sus amigos, y adorar a Dolores, y rezar y llorar por la memoria de Pencho el sin ventura, digno de mejor suerte, de aquella pobre víctima de sus celos, ya extintos.

\* \* \*

Patiño mes de agosto de 1879.

Inolvidable Pepe: Te escribo cuatro letras pa icirte que mis paeres no ven con güena cara la custión der casorio que en tu úrtima prepones. Yo paso las morás, pero como compriendo que tién muncha razón, callo y me aguanto.

Mi maere sobre tó, jura y prejura que quié verme enterrá más bien que hacerme mujer de un presidario, y por más que le ruego y le cuento tus penas y le hablo de que estás arrepentío de tus pasás locuras, siempre me ice que *nones*, que nó, que no sea tonta, porque no ha e cejar nunca ni por tó el oro er Mundo. Yo, las más de las veces, me arrecojo en mi cuarto y en él lloro a mis anchas y asi asahogo esta ambustia que me tié trespillá de ver que no hay remedio pa nuestros males, Pepe... ¡Me pienso que angún día voy a cerrar el pico sin que naide lo alvierta!...

No sé si con er tiempo que icen que tó lo cura, se curarán mis paeres der corcón que en el arma les dejó er probe Pencho cuando se jué pa siempre... ¡No pués tú imaginarte lo que ellos le querían y lo que yo también lo respetaba!... Dinde la tarde aquella de tu loco arretrato, yo no he güerto a la Er-

mita de Patiño, ni mis paeres tampoco.

¡Marditos sean los celos que ciegan a los hombres como a tí te cegaron!... ¡Ni los tiestos de rosas que en mi puerta cudiaba tién perfumes pa mí!...

Güerve, güerve cuanti antes, que puá ser que pa entoces se adolescan mis paeres de nusotros y se arreglen las cosas de una ves y pa siempre... Adiós.—Dolores.

\* \* \*

Después de varios días de inquietante esperar preso en su encierro, llegó a manos de Pepe la precedente carta que, para él no era carta, era una palomica mensajera portadora de un mundo de ilusiones, esperanzas y dichas, anhelos y promesas que bien pronto vería trocadas en hermosa realidad.

Dentro de aquella carta era indudable que Dolores daríale noticias concluyentes respecto a si sus padres aceptaban o no los proyectos que el mozo acariciaba de casarse con ella cuando tornara a su país nativo, libre ya del tormento que supone la privación de libertad en toda alma enferma de amor, por muy ruda que sea.

Cuando él tomó la carta de manos del



cartero, temblando de emoción quiso besarla, y al posar en el sobre sus labios abrasantes, aún llegó hasta su espíritu cierto grato perfume que el papel despedía, porque iba saturado de efluvios sutilísimos de *alarises* y alábega, las plantas predilectas de la bella huertana.

Desde el penal de Cartagena, Pepe, tuvo muy buen cuidado de seguir siendo novio de Dolores por medio de misivas que siempre eran por ella contestadas con fiel puntualidad. Los padres de la chica, por no darla disgustos, jamás interrumpieron la mútua correspondencia que entrambos se cruzaba; pero bien sabe Dios que no veían con natural agrado aquellas relaciones, deslucidas por la sombra de un duelo.

Pepe, en cada renglón, en cada letra de sus vehementes cartas, pletóricas de amor, le pintaba a Dolores su febriles anhelos, sus mortales zozobras, sus penas, sus pesares, lo mucho que sufría, el dolor de la ausencia, la angustia de su vida, la aflicción por la muerte del amigo, su gran remordimiento de conciencia, y en párrafos sublimes por el amor dictados, no exentos de rudezas espontáneas, pero sí abarrota- dos de hondas sinceridades, condenaba su crimen, abominaba de sus torpes celos, y

cual ruín pecador arrepentido confesaba el *mea culpa*, una y mil veces.

Esta ingénua franqueza del mozo prisionero cuando expresaba sus dolientes cuitas, hizo mella en Dolores, removiendo el rescoldo de su antigua pasión algo entibiada con la muerte de Pencho, y, es claro, aunque esta justa pesadumbre puso un crespón de luto sobre su virgen alma, pronto el dulce Cupido con sus blandas caricias reanimó las pavesas que guardaba escondidas aquel piadoso corazón, y de nuevo brotó la roja llama, trocándose en incendio cuya lumbre doraba sus afecciones íntimas.

Abrió Pepe la carta, trémulo y azorado, y hasta con miedo de fijar sus ojos en aquellos menudos caracteres que emborronaban el papel, los cuales prolongándose en líneas sinuosas, desde un lado a otro lado, parecíanle al mozo cadenas diminutas, símbolos del martirio que sufren moralmente los que pecan y después se arrepienten.

Desechando de pronto sus pueriles temores, Pepe, miró y leyó... “pa icirte que mis paeres no ven con güena cara la cus-tión der casorio que en tu úrtima prepo-nes.”



Como el hombre que vive confiado en el triunfo seguro de una santa quimera, y, al fin, cansado de esperar en vano, vé que la triste realidad le arranca sus bellas ilusiones, y sueña que los cielos se le vienen encima, o que falta de tierra donde apoyar sus piés lo precipitan a un abismo sin fondo, o que un dolor profundo lo anonada, o que un rayo alevoso lo aniquila, o que un delirio intenso lo embrutece, o que los garfios del desdén lo rajan, o que un dogal de hierro lo estrangula, o que un brusco fracaso lo derrota o una locura súbita lo mata, así cuando el buen Pepe leyó aquella noticia, sufrió tal decepción, tal desengaño, que hubo un momento en que creyó que todas las horrendas torturas del Infierno le aplastaban el alma.

Con los ojos velados por el llanto prosiguió la lectura, y sólo cuando la hubo terminado notó un descenso en su inquietud latente, viendo que aún fulguraba entre las nieblas de su mente febril, un rayo de esperanza, un chispazo de gloria que iluminaba las sentidas frases al final de la carta consignadas... "Güerve, güerve cuanti antes que puá ser que pa entoces se adolescan mis paeres de nusotros y se arreglen las cosas de una ves y pa siempre.

\* \* \*

Cartagena y septiembre de 1879

Mi apreciable Dolores: Ya vá pa cuatro días que recibí la tuya a la que hoy te contesto pa que sepas que no ando güeno de salú, a Dios gracias.

La puñalá trapera que me das al icirme que tus paeres me esprecian u que no quién que er Cura nus ponga la coyunda matrimonial, me ha hecho porvo, Dolores.

Como una ánima en pena me voy encorvillando poco a poco, de pensar tanto en tí, zagala mía.

¡Qué ratos tan amargos me paso en el presillo de ver que no puó verte!...

Sabrás que mis ambustias, por obra e Dios, van siendo muncho más llevaeras. Sin embargo, no escanso ni esaparece de mi esparada nunca la larga zagarrastra de esazones que me vá presiguiendo inda aquer día que espaché ar probe Pencho, pa mi esgracia y la suya.

A tí que eres mi vida y que sé que me adoras, viá darte una noticia de esas de rechupete. Ayer trujeron los papeles argo remaniente a un indurto general pa los probes que estamos en presillo, y ¡quién

lo habia de icir!... si Alfonso XII no ceja u se arrepiente, pué ser que el mes de octubre nus golvamos a ver, sigún mis cuentas.

Premita Dios que cuaje el amasijo que está hiñendo en Madril un deputao de munchas campanillas que quié arrecojer votos no sé con qué intinciones...

Tanimientras atrapo mi canute u lisen-  
cia, te juro jormalmente que mi primer ve-  
sita ha de ser pa tí, arma mía.

Pienso hincarme de ruillas, llorando co-  
mo un crío, a los piés de tu paere y de tu  
maere y, una e dos, u me atorgan tu mano  
sin entriegas, u empercho con la esquina de  
tu casa y me rompo la crisma de un topazo  
pa que tó se arremate, a ver si entoces se  
les ablanda el corazón y atorgan.

No es fácil que presistan en sus trece  
cuando sepan mis penas y el amor que te  
tengo, u efisen mi sembrante sin asomos  
de arbullo ni cosa que lo paesca; pero si  
no se bajan de su burro, yo mesmo haré  
que er Cura de la Ermita e Patiño les eche  
dos sermones de los que él encovana, y ve-  
rás con qué maña me los deja más suavi-  
cos que un guante.

Los úrtimos concetos de la tuya me han  
caído en el arma como un rujío de gloria

que vino a espabilar mis ilusiones, y aunque sé que tus paeres no me tién voluntá, Dios hará por quitalles sus justos regomellos pa que, ar fin y a la postre, trunfe en tó nuestro amor.

¡Ten presente, Dolores, que no es amor verdaero el amor que s'aflije u s'acobarda por farta de reaños pa vencer en la vida, y er mio está asperando que er tuyo le arrempuje pa prencipiar la lucha!...

Hista pronto... Adiós.—Pepe.

\* \* \*

Como el tiempo apremiaba, cerró el mozo la carta en dos segundos, salió anhelante de su celda rígida, atravesó los patios sin árboles ni plantas, y corriendo veloz hacia el rastrillo o cancela de hierro que aislaba con sus gélidos barrotes de la pública vida la monótoma vida del Penal, llamó a un desarrapado *recadero*, a uno de aquellos parias infantiles que antaño pululaban y aún pululan en torno de esos antros de ignominia, cual lobeznos hambrientos atraídos por el olor insípido del bodrio cotidiano, y exclamó: “¡Cachalote!... Toma una

parpallota y echa esta carta en er buzón cuanti antes...”

Partió el randa al galope muy dispuesto a cumplir a toda costa la fácil comisión que el buen recluso se dignó conferirle, y a las dos o tres horas, mientras Pepe en su celda celebraba la noticia feliz y sonriente de su inmediato indulto, cual mensaje de amor iba la carta con dirección a Murcia, codiciando llegar a su destino para abrirse romántica como una rosa de ilusión en manos de la moza gentil que la esperaba quemándose en las dulces impaciencias de su profundo amor, castidad y embeleso a un tiempo mismo.







## VIII

### EN LIBERTAD

Llegó por fin el día que tanto ansiaba Pepe, el día en que el indulto por la Prensa anunciado cristalizó en hermosa realidad, y una fresca mañana de octubre, el mes infausto que en el otoño del 79 de cada hogar huertano hizo una tumba y en cada tumba sepultó cien mártires, abandonó su lóbrega monótona prisión con ese palpitante secreto regocijo que el ave prisionera debe sentir en el feliz momento de escapar de su jaula, cuando un ser compasivo la redime del execrable encierro en donde, a veces, canta o llora por culpa de otro ser despiado.

¡No hay quién pueda medir la honda alegría que el hombre experimenta cuando

rompe los lazos que le impiden vivir en libertad, y Pepe, a los ocho años aproximadamente de reclusión austera, logro romper los suyos para volver al murcianico suelo, patria de sus amores!...

Con otros camaradas, como él manumitidos de una afrentosa esclavitud, deambuló por las calles de Cartagena, la gentil, la linda perla mediterránea que entonces, como ahora, era emporio de todas las bondades, falansterio de todos los progresos, mercado de españolas hidalguías, paraíso de castas hermosuras, cuna de héroes y sabios, y hospedaje de todas las franquezas, de todos los sentires, de todas las piedades, de todos los cariños, de todas las costumbres que enaltecen a un pueblo.

Después de algunas horas de vagar sin descanso por la alegre ciudad hospitalaria, que Pepe, ya liberto, recorría anhelante, dejó atrás su muralla, obra de cíclopes no ha mucho demolida, y dando al fin con la Estación en donde la multitud inquieta se apiñaba con ansias de viajar, tomó billete, se acomodó en un coche de tercera, y a los pocos minutos la serpiente de hierro dormida en los rieles, crujió con estridencias, vibró, se estremeció, lanzó un silbido, y hacia Murcia partió, campo adelante,



conduciendo al gozoso exprisionero.

Pronto el tren, trepidando desbocado, como bestia rabiosa, dejó atrás las campiñas sonrientes de la Palma y Pacheco, Balsicas y Sucina, descendió por el Puerto hasta Alquerias, pasó por Beniaján como un venablo lanzado por el genio de las grandes empresas, y a las dos de la tarde de aquel día cuyo Sol luminoso navegaba escondido tras densos nubarrones, paró en Murcia el convoy, bajando Pepe a la estación, ya libre de cuitas y nostalgias.

Cuando sus piés hollaron la leve arena del andén, loco de júbilo, transido de emoción, avanzó en busca de sus progenitores que en unión de otros deudos le estaban esperando con los brazos abiertos, con el alma en los labios, como esperan los padres el retorno del hijo bruscamente arrancado del regazo materno por la Ley de los hombres, y después de los besos, abrazos y saludos, preguntas y repuestas que el acto requería, enfilaron la ruta de Algezares con dirección a la casucha rústica donde aquel bravo mozo por vez primera contempló la vida.







## IX

### RIOS QUE RUGEN

Las luces de la tarde iban perdiéndose conforme el Sol se hundía en el ocaso, y Pepe, ya en su hogar, se preparaba para salir en busca de la sin par Dolores, de aquella huertanica cuyo cuerpo entrañaba, según públicas voces, rudeza y majestad, gracia y ternura.

Ella también tenía noticias halagüeñas del regreso del mozo por una breve epístola recibida días antes, y ya estaba impaciente pensando en si vendría o no vendría, a cumplir su promesa.

Por la huerta y los pueblos ribereños circulaban especies poco consoladoras anunciando un peligro de los más desastrosos: ¡La riada!...

Unos dábanles crédito y otros no las creían, aunque en el firmamento los lejanos relámpagos y el rimbombar del trueno presagiaban tormentas que no se hicieron esperar.

Notábase que muchos habitantes tomaban precauciones por si acaso cuajaban los vaticinios de los agoreros, y ¡ojalá hubieran todos emigrado antes de la catástrofe que les trajo la ruína!...

¡Ni necias timideces ni cobardes huídas en los pobres huertanos de aquella edad pretérita!...

No era sólo el Segura el río que bramaba amenazando salirse de su cauce... También el Sangonera, seco durante el año, rugía deslizándose con creciente alboroto.

Pepe, después de descansar un rato y charlar con los suyos y oír de sus vecinos los más ingénuos plácemes, se lavó, se peinó, cambió su indumentaria de recluso por el traje *panocho*, y pensando en Dolores, la ilusión de su vida, partió para Patiño al caer de la tarde.

Aspirando los aires de la Vega tanto tiempo por él abandonada, iba a cumplir al cabo la sagrada promesa que estando en el penal hiciera un día: “Visitar a su novia antes que a naide.”

Y así anduvo un gran trecho contemplando las ténues claridades del vespéral crepúsculo que, allá, en la lejanía, con sus flotantes velos de escarlata salpicados de nubes cenicientas, iban al fin perdiéndose, borrándose, esfumándose...

Pero al llegar al Sangonera, un brusco presentimiento triste se apoderó de su alma. Las aguas pestilentes que por él discurrían, le dieron mala espina.

¡Era el río un arroyo tumultuoso que imponía pavor, y sus temores se acrecentaron más viendo que el pánico se pintaba en los rostros de sus connaturales!...

Sin decirles adiós a los amigos que en las casas vecinas trajinaban con cierto movimiento inusitado, avanzó por la mota del imponente río, se inclinó a la derecha, corrió veloz por las agrestes sendas y trochas que otras veces recorriera anhelante, y en llegando a la Ermita de Patiño, la luz de las centellas ya alumbraba sus pasos.

Al cruzar por enfrente de la vieja barraca donde Pencho murió limpio de culpas, llamó el remordimiento a su conciencia, y la sombra confusa de la víctima surgió delante de él recriminándole sus pasados errores.

Con miedo de sí mismo, cerró Pepe los ojos como un alucinado, y clavando de pronto ambas rodillas en el átrio desierto, la vibración de una plegaria mística turbó la paz del religioso Asilo.

Mientras Pepe rezaba y mantenía su febril pensamiento fijo allá en su pasado, un fragor de tormenta, un estruendo de infierno resonaba en los aires sembrando la inquietud por el contorno; pero él nada advirtió... ¡Las almas buenas, cuando rezan contritas, se olvidan por completo de los ruidos del mundo para pensar en Dios!...

Los siniestros relámpagos brillaban por el cielo, dosel de nuestra huerta, rasgando las entrañas de las nubes plomizas, y como obedeciendo a un conjuro fatal, violenta lluvia principió a descender en cataratas, anegándolo todo.

Al mismo tiempo, las motas del rugiente Sangonera, minadas en su base habían cedido al empuje de una feroz crecida, dejando de repente grandes brechas abiertas a lo largo del cauce, y, ya es sabido que el humano poder en estos casos, no es capaz de luchar con la soberbia de las revueltas aguas. Estas, precipitándose sobre toda la Vega, barrían hortalizas y sembrados,

arrollaban frondosas plantaciones, tumbaban recios árboles, anegaban albergues y viviendas, y, al fin iban a unirse con las aguas del umbroso Segura, cuyo caudal, colmado por acumulamiento de otra enorme avenida, mucho más imponente que la que hizo estallar al Sangonera, se desbordó de su ordinario lecho para mayor desolación y ruína.

Los mugidos remotos del turbión que avanzaba, la fatídica luz de las centellas, el retumbo del trueno, las aguas que caían, el ulular horrísono de los altos cañares azotados por el furioso vendaval reinante, el clamor de las broncas caracolas que lanzaban sus ecos como aullidos de monstruos, y el gáñido cercano de los perros que huían barruntando desgracias, obligaron a Pepe a refugiarse cabe el quicio silente de la Ermita.

Así permaneció bastante tiempo, sin reparar en nada, prosternado y rezando con devoción ascética, y al terminar sus preces, al dejar el recinto solitario para seguir avante con desprecio de la tormenta tenebrosa, entonces salió de su abstracción y se dió cuenta del extraño fragor, nunca escuchado, que atronaba los ámbitos.

De pronto se detuvo y murmuró perplejo: ¡No hay duda; es la *riá!*...

Pensando en Doloricas cuya suerte aumentaba las zozobras que abrumaban al jóven, persuadido de que ella ya estaría no de muy buen humor por su tardanza, siguió su ruta lúgubre, medroso y asustado de escuchar en distintas direcciones tristes voces humanas que en mitad de la huerta demandaban socorro.

Al arribar al puente de la acequia de Alguazas, cuyo cauce prolóngase trazando una ancha curva no lejos de la ermita de Patiño, viendo que era imposible proseguir caminando porque todas las trochas, atajos y senderos, toda la huerta en general sufría la pesadumbre del turbión indómito, paróse nuevamente, miró, volvió a mirar, buceó en las tinieblas, lanzó gritos de alarma que no fueron por nadie contestados, y allí, sobre aquel puente que a guisa de pequeña prominencia aún cubre el acueducto, perdido entre las sombras de la noche, con los brazos cruzados, sobre el pecho, mudo como una esfinge, yerto como un cadáver, permaneció un buen rato frente el ráudo desfile turbulento de aquellas negras aguas, abrumado su espíritu



bajo el peso sin peso de la más espantosa incertidumbre.

¡Nunca pudo la huerta, como entonces, representar tan a lo vivo el cuadro, conmovedor y triste, que acude a nuestra mente, al evocar la estrofa que el númen español compuso un día para pintar el duelo!...

¡Todo era allí angustia y llanto!...  
¡Favor!... ¡Socorro!...—exclamaban todos; mas todos temblaban sobrecogidos de espanto.







## X

### OJEADA HISTÓRICA

Allá en tiempos remotos que yacen sumergidos en la silente tumba del pasado, cuando sólo imperaba la barbarie, la ley de los más fuertes, cuando el terrible azote de las guerras era un fácil *sport* para las razas de abolengo salvaje que poblaban el mundo, la Iberia primitiva tuvo en mal hora la fatal desgracia de padecer sangrientos cataclismos, inícuos atropellos y opresiones violentas, doblando su cerviz, una y mil veces, ante las tribus nómadas oriundas de lejanos países irredentos.

Del empuje bravío de aquellas invasiones no pudo libertarse la apacible comarca en donde luego surgió sobre la umbrosa fecunda cora de Todmir, Murcia la bella.

Según la narración de antiguas crónicas, Grecia fué la primera que en actitud pacífica se asomó por las costas de levante, llegando al territorio de la Vega murciana; coincidiendo con Grecia, la Fenicia también vino a explotarlo con sus ansias de lucro y su progreso comercial naciente; otro día, Cartago la ambiciosa, la de los pactos púnicos, logró hollar sus vergeles con bélico aparato de lanzas y de escudos forjados por Asdrúbal; otro, Roma triunfante, con sus trenes de guerra, catapultas y arietes, lo anexionó a su Imperio; y otro, en fin, la Germania con sus hordas de vándalos asoló las comarcas levantinas hasta el jardín de Hispalis, países que después se estremecieron bajo el yugo ominoso de los suevos y alanos.

Pero ninguna legendaria raza de las mil que acamparon a orillas del Segura bautizado por Roma con el nombre de Táder, pensó en aprovechar las transparentes aguas del caudaloso río ni en cultivar las tierras de nuestros aborígenes, dotándolas de fecundantes riegos.

No; las tribus de entonces fijaban sus anhelos en este único lema: ¡La guerra sobre todo y ante todo!...

¡La gran Naturaleza creaba para el

hombre y el hombre destruía con su bravura estúpida!...

Una sola excepción: La Roma bárbara, la que tuvo filósofos y arúspices, verdugos y tiranos, artistas y guerreros, quirites y poetas, tuvo también amantes fervorosos del arte de impulsar la agricultura, y ella inició proyectos que tendían a regar la comarca donde hoy abundan para bien de Murcia, árboles, plantas, flores, cereales, tubérculos, hortalizas y frutos de sabor exquisito.

Nuestra historia atribuye a los romanos la construcción de la gigante presa que encumbrando las aguas del Segura, más allá de la Ñora, las derrama en la Huerta por distintos canales y acueductos.

La irrupción de los bárbaros del Norte, déspotas y crueles, y después el dominio de los godos, es posible que fueran las causas primordiales que dejaran en estado embrionario los proyectos de canalización del territorio que Roma preparaba.

Llegado el Siglo VII, otra nueva invasión, la de los árabes, como una tempestad asoladora sembró el luto en España con la derrota de los visigodos, y el propio Don Rodrigo, después de sepultar en las arenas del manso Guadalete sus armas, cetro y

gloria, se extinguió en el misterio de la Nada como estrella fugaz que asoma, brilla, surca el cielo, y veloz tiembla y estalla para perderse al fin en el vacío.

Terminada esta lucha fratricida con el triunfo agareno, vino una era de paz interrumpida por combates parciales, precursora de grandes adelantos que hicieron florecer, rápidamente, las Artes y las Ciencias, al par que florecía la agricultura patria, y aún quedan indelebles vestigios musulmanes de tan feliz progreso, sobre toda la vasta superficie que sojuzgó el omnímodo poder de los Califas.

Los árabes murcianos, paladines del arte de cultivar la tierra, abrieron prolongados acueductos al Norte y Sur de la ciudad, logrando que las tranquilas aguas del Segura fecundaran la huerta y su espontánea vegetación de entonces, incrementando así la agricultura sin cuya fuente de riqueza nunca son felices los pueblos.

De aquellos tiempos datan las acequias, azarbes, canales y regatos que a manera de arterias se ramifican por el valle entero refrescando la savia de todos los cultivos, y es probable también que por entonces quedara abierto el cauce de la acequia de Alguazas, junto a cuyos quijeros, al correr

de los siglos, se irguió con su aire de humildad la casa donde nació Dolores, la moza más juncal entre las mozas de aquel bello rincón de nuestra Huerta.

Dicha casa o cabaña, sencilla cual sus propios moradores, fué un día edificada con atobas de lodo deleznable formando un reducido cuadrilátero con su corral de cañas al postigo.

Sus grisáceas paredes se hallaban empotradas en machones de piedra que marcaban sus ángulos a modo de refuerzos adecuados a la humildad de su estirpe.

En torno de ella había, como ínfimos caprichos de la ciencia botánica, variadas plantaciones: rosales, jazmineros, geráneos, azucenas, pasionarias y lirios que en cada Primavera le daban el aspecto de una choza bucólica dormida en la floresta.

Un parral sarmentoso cubría la fachada del rústico edificio, y al pié de sus cimientos una corcada higuera de los tiempos muzárabes, extendía sus ramas como nervudos brazos retorcidos de un gigante esqueleto, sobre el techo de láguena agrietado por la acción continuada del calor y las lluvias.

Ya habrá visto el lector que tal vivienda no era recomendable ni la más a propósito

por su mezquina solidez para exponerla' a resistir las iras de una violenta inundación... ¡Quién sabe si el héroe imprevisor que alzó su fábrica, barruntaría o no barruntaría este serio peligro, tan frecuente en la huerta por entonces!...

Hecha esta breve digresión, sigamos el relato verídico de unos tristes amores cuyo fin prematuro marcó la inundación que en la noche del 15 de octubre del año 1879, hizo que toda Murcia se vistiera de luto y que el pobre huertano cruzara el Valle en ruínas exhalando suspiros y ahogando sus congojas en raudales de lágrimas que el tiempo aún no ha secado, ni es fácil que los seque, mientras no se evaporen los recuerdos que en el alma murciana dejó aquella catástrofe.







## XI

### VIDAS QUE ACABAN

Cuando se oyó el estruendo que el agua producía al correr Valle abajo, abordaba Dolores a sus progenitores, haciéndoles saber con voz velada por su propio recato, la próxima visita del libertado Pepe.

Bien ajena al peligro que bramaba a lo lejos, la llegada del novio era su único afán y, al invocarlo, ardía de impaciencia por verlo aparecer en sus portales, después de la forzosa separación que un día les impusiera el Hado, hosco y huraño.

Ellos no sospecharon de la crueldad del Destino, no se habían preocupado de ese genio intangible que cela nuestros pasos por el mundo, ni barruntaron nunca que a partir del instante en que Pencho murió, la propia Muerte los había condenado a

una eternal ausencia, marcándoles distinto derrotero a fin de que ninguno volviera a verse más en esta vida.

Sin embargo, Dolores, aguardaba impaciente la llegada de Pepe, no sólo con la idea de ofrendarle un saludo cariñoso celebrando su vuelta al mismo tiempo, si no con la esperanza de lograr de sus padres perdón para las culpas de aquel mozo que tanto la quería.

La furiosa tormenta que cubría los cielos y asolaba la tierra, era la poderosa razón con que Dolores disculpaba a su novio.

¡No, no estaba la noche para andar por la Huerta!...

Los truenos, los relámpagos y el profuso aguacero conmovían el ánimo, no dejaban dormir, y por eso la jóven en unión de los suyos, rezaba medrosica desechando cábalas y más cábalas; pero ¡ay! de pronto un miedo inexplicable se introdujo en su espíritu, y poniéndose en pié gritó apenada:

—Maere, ¿qué ruído es ese que se oye por la Huerta?...

—¡No sé lo que será, pero me paece que eso es argo y no güeno!...—dijo la interpelada saltando de su silla.

—¡Jesús, qué balamío tan extraño!...—  
repitió la zagala.

¡Paere; sarga usté a ver lo que sucede!...  
¡Ay, que miedo tan grande!...

—¡No apurararus así!...—clamó el buen  
hombre brincando hacia la puerta y vol-  
viendo enseguida.— ¡Ya sé lo que es, ju-  
neme!... ¡Lo que yo sospechaba!...

—¡Habla; no te detengas!... —dijo en-  
tonces la esposa.

—¡La riá que se acerca pa estrozar los  
esquimos y hacernus pasar hambre!...

—¡Piedad, Santa Teresa!...—dijeron  
madre e hija de susto atolondradas.

—¡La riá!... ¡La riá!... —gritó en la ca-  
lle la voz de un hombre que pasó corriendo  
sin que ninguno de los tres lo vieran.

Y en aquellos momentos de angustiosa  
inquietud, el jefe de familia aún pudo de-  
mostrar su valor ante el pligro, gritando  
a grandes voces:

—¡No hay tiempo que perder!... ¡Corre,  
nena; arreceje lo que haya por ajuera!...  
¡Mujer, tú a las gallinas!... ¡Ponlas ande  
no se ahoguen!... ¡Yo voy a ver si sarvo los  
marranos, si no estamos perdíos!...

Madre e hija, medrosas, frías como dos  
mármoles, sobrecogidas de terror callaban  
sin acertar a obedecer al hombre que en

vez de hablar rugía para darles más brío a sus mandatos, y éste, al verlas inmóviles, convulsas y aturdidadas, prosiguió de este modo:

—¡Pero, ¿qué haceis parás?... ¡Juera, juera e pucheros!... ¡Venga, venga!... ¡Al avío!...

Ya iban las dos mujeres a cumplir lo dispuesto por aquél héroe anónimo, cuando el turbión arrollador, chocando con la frágil casucha, conmovió sus paredes al estrellarse en ellas, y penetró en el interior rugiendo con furor de torrente embravecido.

Un grito de dolor dió Doloricas y otro grito su madre, fundiéndose las dos en un abrazo, y el padre al ver con pena que las aguas crecían y que era peligroso continuar en la estancia, oprimió cuanto pudo las cinturas de aquellos dos tesoros de su amor en la vida, y luchando sin tregua con la brava corriente, pensó en llevarlos a lugar seguro.

La mortecina luz que proyectaba un grasiento candil colgado en la pared, resplandecía sobre la superficie de aquél mar agitado, y con el agua al cuello pudo al fin el titán, tras ruda lucha, llegar hasta la higuera que se alzaba en la esquina.

Su firme tronco les sirvió de escala para ganar el techo de la frágil casucha, y entonces respiraron, medrosos todavía, cual deben respirar las pobres víctimas que vislumbran la muerte, si la regia piedad, el cielo acaso, las libra del patíbulo afrentoso, tornándolas al mundo de los vivos.

Los tres desde la altura donde al fin se encontraban, y Pepe desde el Puente de la Acequia vecina, con los ojos clavados en el abismo inmenso de aquella obscuridad, contemplaban el trágico espectáculo que aún perdura en el libro de la historia de Murcia, como un borrón de duelo.

La arrolladora inundación crecía con soberbia pujanza, deslizándose ráuda con furores de piélago, y en aquellos momentos de suprema amargura, las potencias del Mal, abandonando su tenebroso imperio, rasgaron las tinieblas de la noche, poniéndoles delante de los ojos visiones espantosas que brillaban un punto iluminadas por el vivo fulgor de los relámpagos.

Y Pepe y Doloricas y sus padres, ya insensibles a tanta desventura, vieron sin querer ver, pavorosas imágenes que agrandaban la angustia de sus almas murientes, testigos del desastre... ¡Era la Huerta un caos!... Entre sus sombras lóbregas las

casas de más firme consistencia crujían derrumbándose con estrépito horrible; las vetustas barracas cedían a la fiereza de la presión hidráulica; las personas ahogábanse en el seno de la brava corriente sin que una mano amiga les brindara socorro; las roncadas caracolas pregonaban la alarma sobre tanta agonía; los hachones brillaban con destellos siniestros, iluminando el curso del furioso torrente transformado en Erebo; la obscuridad tendía su sudario de sombras sobre la gran catástrofe; la plegaria volaba al infinito como una mariposa desprendida del alma; la desesperación rugía en plena furia; la maldición de la impotencia humana vibraba en los espacios; la esperanza esquivaba los gestos del peligro; el peligro, sañudo, batía a la esperanza; la angustia batallaba por huir de la Muerte; la Muerte acorralaba con crueldad a la angustia; el terror impetraba, la piedad de los Cielos; la piedad de los Cielos se alejaba, sorda a todas las súplicas; el instinto aferrábase a la Vida; la Vida despreciaba la razón del instinto... los gritos, los lamentos, los lejanos clamores, lo fatal que cundía, los estragos en vidas y en haciendas, la locura, el dolor, las ansiedades, y entre tantos agudos alaridos, y entre tan-

tos esfuerzos sobrehumanos, y entre tantas dramáticas violencias y entre tantas inútiles porfías... ¡el Ángel de la muerte cerneíase alocado sobre las turbias aguas que inundaban la Huerta, Valle del exterminio aquella noche!...

Por el hueco sin reja de una ruín ventanucha que daba al exterior del edificio, el candil proseguía vertiendo en la corriente impetuosa un pálido fulgor, fulgor que al rielar reverberando, siempre en el mismo sitio, parecía un brochazo de luz sobre las aguas.

Dolores y sus padres, contemplaban absortos el tremendo espectáculo que, como un torbellino apocalíptico, rebramaba impulsado por la fatalidad.

Ninguno profería una frase que no fuera una súplica dirigida al Eterno...

Pronto vieron flotar, abandonados a merced de las aguas, utensilios y aperos, animales y cosas que a duras penas distinguir podían debido al incesante movimiento, al vaivén continuado, a ese ráudo avanzar que las corrientes imprimen en los cuerpos que caminan sin rumbo.

Después... después oyeron, con los ojos preñados de lágrimas, el llanto agonizante de un niño pequeñuelo cuya voz, limpia y

clara, vibrante y cristalina, se iba acercando hacia ellos como la voz de un ángel perdido en las tinieblas del reino de la Muerte.

Un bulto arrebatado por las aguas se destacó un momento sobre la superficie, bullidora y rugiente, que la luz del candil iluminaba.

Clavó en él Doloricas sus ojos espantados, y en tanto que en sus labios una mueca de horror se dibujaba, prorrumpió en un sollozo:

—¡Maere; paece una cuna!... ¡Qué lástima, Dios mio! ¡He visto en ella un nene que vá manoteando!...

Aún no había terminado de proferir su exclamación de pena la cuitada Dolores, cuando su padre, silencioso, intrépido, como todos los hombres de *panocho* linaje, sin vacilar ni detenerse un punto, se lanzó de cabeza a la corriente, decidido a salvar a la criatura que en la cuna anegándose lloraba. ¡Triste ser indefenso cuya madre no iba tras él sin duda porque había perecido entre las iras del creciente turbión!... ¡Triste ser indefenso que aún vivía, tal vez porque la mano de Dios omnipotente, retardó unos minutos el fin de la tragedia, por tratarse de un ángel!...

El estremecimiento que produjo en las



aguas la caída de aquel héroe sin nombre, hizo que zozobrara la cunita donde iba navegando la inocencia, y el niño infortunado dejó de pronto de llorar... ¡Las aguas cenagosas, espesas, pestilentes, se abrieron implacables para tragarse el débil cuerpecito, y el eco de su llanto se extinguió de repente para no sonar más!...

El padre de Dolores, al ver frustrada su piadosa empresa, nadó, luchó, se sumergió cien veces y otras cien emergió del fondo líquido con el ansia de dar con la criatura... ¡pero todo fué en vano!... El tierno niño dormía en el regazo de la Muerte, y su espíritu alado voló hacia otras regiones, al celestial refugio...

Cuando perdida la esperanza quiso aquél rudo atleta dirigirse a la higuera y asir su recio tronco para ponerse a salvo, un arca que flotaba dando tumbos a favor del turbión, chocó contra la frente del hombre benemérito, y, perdiendo el sentido, fué arrastrado por las revueltas aguas hacia el abismo ignoto del cual no torna nadie.

—¡Paere!... —gritó Dolores, temblando al observar el gran silencio que reinaba a sus piés.— ¡Paere!... ¡Paere!... ¡Ay, Dios mío!...

—¡Agárrate ande puedas!... —exclama-

ba la esposa dando diente con diente y sin saber que el drama ya estaba consumado.

Pero el silencio mudo ante la pena de la madre y la hija, nada les respondió, y los ayes y el llanto de las pobres mujeres resonaron con dejos de agonía, centuplicando la mortal zozobra que pesaba en el alma del solitario, Pepe.

Entonces fué cuando se oyó en la noche, triste y abrumadora, estas voces lejanas semejantes a roncós alaridos.

—¡Dolores...! ¡Doloricas!... ¿Ande estás?... ¿Por qué lloras?...

¡Yo estoy solo en er Puente de la Cieca, muriéndome de ambustia por que no sé de tí!... ¡Dime si estás a sarvo de esta esgracia tan grande!... ¡No llores, prenda mía!... ¡Aquí la inundación me llega ar tuillo!... ¡No llores más; no llores, que en cuanti asome el arba yo iré a sarvarte pór encima e tó!...

Madre e hija escuchaban como en éxtasis aquellas expresiones de consuelo que partían de la Acequia.

Calló Pepe un instante para oír la respuesta de su ídolo adorado, y

—¡Pepe!... ¡Pepe!... ¿Ères tú?...gritó la jóven.

—Sí!... Sí!... —clamó el zagal.—¡Yo que

esta noche venía a vesitarte reventando de gozo, y no pude pasar de ande me encuentro!... ¡Ande estás tú, ande estás?...

—¡Aquí estoy con mi maere en er terrao e la casa!... volvió a gritar la chica.— ¡Ay, Pepe, que me pienso que mi paere se ha ahogao!... ¡Le llamo y no responde!... ¡Várgame Dios, qué pena!...

—¡No te apures!... ¡Ten carma, que tó se arreglará cuando apunte la aurora!... ¡No dejes er terrao!...

Un silencio de muerte reinó tras estos gritos.

La inundación tomaba gigantes proporciones llegando a gran altura, a la cruz de los árboles.

De súbito, la casa con paredes de atobas, minada en sus cimientos por el roce continuo de las aguas, tembló y se derrumbó trágicamente, quedando sepultada entre sus ruinas la madre de Dolores. Ésta, que al desplomarse el edificio, se encontraba muy cerca de la vetusta higuera que el lector ya conoce, al ver que se escapaba bajo sus piés la base que le servía de apoyo, se asió maquinalmente a una rama esquelética que a su alcance tenía, y allí quedó pendiente, balanceándose encima de las aguas,

la frente erguida en dirección al cielo, y con los piés tocando en el abismo.

—¡Ay, maere, maere mia!... ¡Socorro!... ¡A mi!... ¡Favor!... —gritaba la muchacha temiéndole al peligro que a sus plantas rugía.

Pero la triste madre ya no pudo responder a las voces de aquel pedazo de su vida rota... ¡Dormía el sueño eterno!...

Cuando Pepe oyó aquellas exclamaciones de suprema angustia y conoció en los lúgubres sonidos la voz de su adorada que seguía gritando... “¡Socorro!... ¡A mi!... ¡Favor!...” ya no le fué posible permanecer en su inquietante espera.

Llamó, gimió, tembló, miró a los cielos, corrió como un autómata, se estremeció en espasmos convulsivos, aulló como la fiera duramente hostigada que se arroja a una sima, y al turbión se lanzó con la bravura peculiar de los héroes en los trances difíciles...

En muy pocos minutos, nadando y resoplando, como enorme cetáceo entre las olas, salvó el largo trayecto que mediaba desde la Acequia a la casucha en ruinas.

Entre tanto, Dolores, proseguía gritando: “¡Socorro!... ¡A mi!... ¡Favor!...” y Pepe, contestaba, ya cerca de la higuera:

“¡No te apures, bien mío, que yo te salvaré po encima e tó!...”

Y la habría salvado indubitavelmente, si el vigor femenino de la infeliz doncella, no hubiera flaqueado cuando más falta hacía.

La agitación, el miedo, la calentura del dolor, la duda en la esperanza, el horror a la muerte, todas esas terribles sensaciones que agotan nuestras fuerzas, enervando la potencial orgánica del cuerpo más robusto, se apoderaron de la pobre chica, y cuando el novio con inaudita intrepidez llegaba a punto de poderla salvar y de salvarse, fué a asirla de las plantas con tan poca fortuna que, al notar la atracción irresistible, el aumento de peso que la presión de Pepe suponía, gritó ella así:

—“¡No puedo!... ¡No puedo más, bien mio!...”

¡Un ruido horripilante que se extinguió en las aguas, un ¡ay! que subió al cielo, y, Dolores, hundióse en el abismo presa en los brazos del valiente mozo que por ella luchó tan bravamente sin triunfar de las iras del Destino!...

Los dos, como dos mártires, se ahogaron en las aguas turbulentas, pasando a mejor

vida para una eternidad... ¡Dios sea  
loado!...

.....

Cuando al siguiente día amainó la ca-  
tástrofe, era toda la Huerta un cenagoso  
cementerio de horrores. En el amplio re-  
codo que describe la Acequia como a unos  
dos kilómetros del trágico lugar donde la  
Muerte causará tantas víctimas, se halla-  
ban insepultos, salpicados de lodo, los ca-  
dáveres yertos de Pepe y de Dolores.

Aún estaban unidos en apretado abrazo,  
con las manos crispadas oprimiéndose  
inmóviles.

Medio enterrados en el fango duro, cie-  
gas las cuencas de sus ojos ciegos y juntas  
las facies, tal vez para ocultar anté los vi-  
vos el rictus angustioso que dejara en sus  
labios la agonía, dormitaban con fúnebre  
abandono sobre la inmunda ciénaga... Pa-  
recían tendidos y en posición decúbito-la-  
teral mirándose, las estátuas yacentes de  
dos enamorados bruscamente abatidos por  
la Muerte cruel en el instante de darse el  
primer beso.

Dijérase que Amor, compadecido de la  
pureza de sus almas, al despedirse de ellos

en el postrer momento de la vida, o al cerrarles los ojos para siempre, había decretado fundir los labios fríos del mozo y de la moza, en un ósculo santo, inacabable...

.....

Y las manos piadosas de los deudos de Pepe, recogieron los restos de los tristes amantes para llevarlos a lugar seguro...

¡Trocados en ruín polvo descansan todavía en la vieja Necrópolis que entonces se alzaba en las afueras del recinto murciano; en el paraje de la Condomina, cerca de donde tuvo su emplazamiento antaño, la Puerta de Aurariola!...

F I N







Charlas sentimentales





## Recuerdos de un combate

Son las islas Filipinas jardines paradisiacos donde en épocas remotas descansó de sus fatigas el invicto Magallanes.

Quienquiera que las haya visitado o haya vivido en tan fecundo suelo, no me podrá negar que son emporio de las mejores galas con que sabe adornarse la gran Naturaleza.

¡Tierras de sol y alegría, como España, tierras fértiles, con una fauna y una flora espléndidas que pasman y subyugan, deleitan y enardecen.

No voy a hablar de los hijos de aquel edén de ensueño, ni de su progreso pujante, ni de sus ríos caudalosos, ni de sus grandes lagunas, ni de sus vírgenes selvas

que se abrazan y confunden en laberíntico enmarañamiento de ramas, frutos y flores.

Yo que aún conservo en la memoria mía con otros recuerdos suyos la silueta pavorosa de cierto recuerdo trágico, dejaré en el silencio de mi alma muchas cosas dormidas, para hablar de otras cosas.

\* \* \*

Hace más de seis lustros, bien contados, temblaron dichas Islas bajo el hórrido estruendo de una devastadora insurrección que rugía implacable, sembrando el luto en ellas al par que las regaba con sangre de españoles que ignoraban el origen de aquel brusco levantamiento general del pueblo.

De la Península Ibérica partían con frecuencia inusitada enormes trasatlánticos repletos de soldados y pertrechos de guerra... El honor nacional comprometido e injustamente vejado, reclamaba a grandes voces, el inmediato castigo de tantos impacientes espíritus rebeldes como se alzaban en armas contra la enseña española, lábaro santo a cuya sombra augusta se habían emancipado de su pristina barba-

rie, múltiples generaciones nacidas antes en aquellos climas.

Un día, no sé cuál, partió un navío cargado de hombres jóvenes, y en él la estrella pálida de mi destino quiso que diera yo el gran salto por encima de los piélagos profundos, y desde una de las playas levantinas de mi España sonriente, dí en las playas calurosas de aquel bello paraiso.

Renuncio a describir ciertas minucias, carentes de importancia, relativas al viaje; pero sí he de deciros que en su ruta, por mí no imaginada, con sus mil perspectivas atrayentes y opulentos magníficos paisajes que emergían del fondo de los mares en calma, tuve ocasión de ver por vez primera la austeridad de Port-Said, capital europeizada que guarda su aspecto egipcio y en la cual las mujeres ocultan todavía sus graciosos encantos naturales bajo tupido misterioso velo. Y se posaron mis ojos en el desierto de Sahara, de vastos arenales candentes y huracanes violentos, superficie inconmensurable que se esfuma, allá en la lejanía, fundiéndose con su cielo de un azul deslumbrador; y deambulé por Suez, novia eterna del Mar Rojo, mundialmente celebrada porque le presta su nombre al canal que une dos mares, obra in-

mortal de los colosos genios que vivieron el siglo XIX; y paseé por Colombo, la perla de Ceylán la de las perlas; y me detuve en Aden, ciudad tostada por el Sol de Arabia; y descansé en Singapur, puerto importante de la Indochina meridional, cayendo al fin en Manila, la gran urbe hospitalaria...

\* \* \*

¡Manila!... ¡Placentera visión de mis recuerdos de amor y juventud!... ¡Nombre sonoro que inventó Legazpi!... ¡Gentil reina de Luzón!... ¡Refugio cosmopolita!...

¡Dijérase que en tu recinto bello aceleran su latir los corazones para amar con más ahinco cuando al amor despiertan!...

En tumulto soldadesco llegué a tus puertas un día con la ansiedad del amante que aún no conoce a su amada, y me adentré por tus calles, simétricas y espaciosas, entre una indescriptible algarabía de músicas militares, saludos de bienvenida, sonrisas y aclamaciones...

Y aspiré con entusiasmo tu ambiente caliginoso creyéndome que aspiraba los aires puros de la patria mía, porque tú también eras entonces de mi patria... y recorrí an-

helante los bellos malecones del Pasig caudaloso, y anduve sin cesar por los suburbios de Binondo y Malate, piropeando a tus morenas hijas, mestizas y tagalas, quienes ébrias de gozo miraban sin recelos el desfile marcial de tantos hombres, plétóricos de vida, soldaditos bisoños de la remota España, juveniles quijotes que avanzaban rientes bajo un Sol abrasante, esquivando las mágicas caricias de una lluvia de flores parecidas al loto.

Y siempre avante caminé con todos mis camaradas bélicos hasta un amplio cuartel que se elevaba con la soberbia magestad de un templo, ciclópea fortaleza bautizada con el divino nombre del apóstol Santiago. Despues de un frugal ágape nos dieron libertad... Yo, por mi parte, discurrí por tus plazas, visité tus paseos, busqué solaz en tus murallas sólidas y hube de contemplar con cierto júbilo la artística visión maravillosa que ofrecen a los ojos del viajero los arbustos que adornan tus calzadas, jardines y glorietas, cuando allá en el silencio de la noche se cubren de luciérnagas, voladoras e inquietas, simulando en la sombra negros conos informes salpicados de luces diminutas o partículas igneas que se

agitan como errabundos puntos luminosos, vivísimos y fugaces.

Con el cuerpo y el alma fatigados de tantas emociones y extrañezas, bien entrada la noche, volvíme hacia el cuartel y allí, Morfeo, mis párpados cerró por unas horas.

\* \* \*

La luz del nuevo día iluminó aquel cielo diáfano y transparente como un espejo inmenso, y a operar por los bosques feracísimos nos llevaron a todos.

Después de una odisea interminable, sobresaltos sin fin y privaciones, sufridas al pasar por Mariquina, Montalbán y otros pueblos, reñimos la primera escaramuza saliendo de ella indemnes... ¡Estó fué en San Mateo!...

Acampamos en él dos o tres días y ¡otra vez a Manila!...

En el trayecto que la columna anduvo por estrechos caminos, sendas y vericuetos de tránsito difícil, pudimos ver, casi de asombro mudos, huir los monos cocotal adentro burlándose del hombre, y al hambriento caimán o cocodrilo revolcarse en las ciénagas en tribus numerosas, y al



manso *carabao* salir con calma del fangal del río, y a la enorme culebra que esquivando el peligro se arrastraba con dirección a la espesura ciega del bosque de bambúes... ¡Qué conjunto de exóticos y sorprendentes cuadros contemplábamos todos en aquellos países que no olvidaré nunca!... ¡Dudábamos a veces, sin saber decidírnos, sobre cuál horizonte era más bello, si el de la tierra verde o el del azul del Cielo!...

\* \* \*

El nueve de noviembre del año 1896, dimos sobre Cavite, y, luego, en Dalahican, campamento cercano a Noveleta.

En este último punto miriadas de insurrectos celaban y esperaban, tras de fuertes tricheras escondidos, el próximo combate.

Aquel día luctuoso, Noveleta y Dalahican eran dos centros de guerra que Marte patrocinaba en los cuales, sordamente, germinaban los rencores y un excesivo deseo de derramar sangre ardía.

Sonaron de repente las cornetas llamando a la carrera, y, ráudos, acudimos al punto de antemano señalado.

Los Jefes y Oficiales, gritaban: ¡A las

armas!... Y como un sólo hombre nos dispusimos todos para empezar la lucha fratricida.

¡Poder de las pasiones!... ¡Con qué facilidad conducir sabes ejércitos enteros lo mismo al sacrificio de la vida que a triunfar destruyendo la de sus semejantes!...

Tiramos todos el almuerzo insípido de unas sardinas en aceite que devorando estábamos, única provisión que las acémilas llevaban por entonces, y empuñando el fusil cada soldado para la lucha se aprestó formando nutridas Compañías que, desplegadas en guerrillas luego, avanzaron veloces, plantándose a cien varas de las trincheras enemigas; pero no sin que nuestras enardecidas huestes afrontaran, tumbadas sobre la tierra dura, una nube de balas explosivas que silbaban con eco horripilante perforando la atmósfera y anunciando sin niestras algo exterminador, la muerte acaso.

¡Valor!... —gritaba un capitán valiente disparando el revolver que en la mano esgrimía.

¡No vacileis, soldados!... —exclamaban los oficiales en distintos tiempos.

Y al vibrar atronando aquellas voces que ahogaba el entusiasmo más heróico, a

la rebelde Noveleta fuimos pugnando por tomarla inútilmente.

Y digo inútilmente, porque en medio del fragor de la lucha; entre los ayes de angustiosa agonía de muchos que espiraban sin llegar a la meta; entre las iras, plegarias y blasfemias de aquellos que caían heridos mortalmente; y, en fin, entre el estrépito más bien propio de infierno, producido por tantas explosiones simultáneas y tantos gritos de terror oyóse: ¡No se puede avanzar!... ¡Alto, soldados!... ¡Un río nos lo impide!... ¡Fuego!... ¡Fuego!...

Y era verdad, lectores!... Al pié de las trincheras, asilo del tagalo, un río con aspecto de laguna, se nos mostraba indiferente a todo. Con raudales de sangre de españoles vertida sin provecho tiñéronse sus aguas, y en aquella ocasión le fué imposible al Cuerpo de Ingenieros facilitar el paso por medio de un viaducto.

Los márgenes del cauce brindando también muerte, presentaban profundos lodazales por el sol tropical endurecidos sólo en la superficie, y ¡cuántos camaradas creyendo que pisaban tierra firme, al llegar a la tumba insospechada, se hundían en el cieno para siempre!...

Si movido a piedad un compañero les

tendía la mano brindándoles socorro, una bala enemiga apagaba la voz en la garganta del espontáneo protector piadoso, y allí también caía.

¡Qué de horrores sin cuento los de aquella batalla!...

¡Cañones que bramaban, *lantacas* que aturdían, humo, incendio, estampidos, locuras y arrebatos, rugidos y estertores... ¡tal era el triste cuadro plasmado por los hombres aquel día en las llanuras fértiles de Noveleta e Imus!...

Un valiente soldado que junto a mí luchaba se adelantó resuelto y ¡ojalá no lo hiciera! porque, el pobre, se hundió desde los pies a la cintura en un balsón de cieno.

¡Demandó auxilio en vano!... Un proyectil errante perforó la cabeza del héroe sin ventura, barrenándole el cráneo desde la frente al cerebelo, para mayor desgracia...

Cubrióse el infeliz conforme pudo las sangrantes heridas por las cuales se le iba la existencia poco a poco, y, así, en el paroxismo de una mortal congoja, sobreco-gido de terror y abiertos, muy abiertos, los ojos espantados, pugnaba inúltimente por mantenerse erguido; pero ¡ay! sin energías para seguir viviendo.

Profunda pena me causó el terrible suplicio de aquel bravo camarada español, ya moribundo, y como le fluía del rostro cadavérico y también del cogote la sangre a borbotones, trémulo y vacilante, contemplé la silueta de la angustiada víctima, y ver creí en su busto, locamente agitado, trágicamente erguido, el pilar de una fuente con dos caños opuestos, manando roja púrpura sobre la charca o lodazal inundo.

A otro que estaba a mi siniestra mano, un pedazo de plomo de un disparo certero le partió el corazón... ¡Cayó pesadamente, sin lanzar una queja ni proferir un nombre!...

¡Yo lo ví, agonizante, ya exámine y de bruces, con la faz en el polvo y los brazos abiertos, cual queriendo decirme que en su postrer instante pretendía abrazar y besar a un tiempo mismo a su madre la Tierra!...

\* \* \*

Sonaron nuevamente las cornetas, con notas harto lúgubres, tocando retirada.

Maltrechos y rendidos de tanto batallar estérilmente, volvimos al desierto campamento, contrariados y tristes, con la fren-

te humillada, sin el laurel de la victoria puesto; y allá quedaron solos entre charcos de sangre coagulada y ruínas del combate, municiones perdidas, armamentos sin dueño, cadáveres sin fin, muchos heridos y miembros destrozados que el Angel del Dolor cubrió piadoso con sus alas de luto...

Después, cuando en mi tienda de campaña dormía con intranquilo sueño, soñé que por mi mente desfilaban cual procesión de espectros, multitud de visiones, tenebrosas y trágicas, febril exaltación de mi memoria tras aquella catástrofe que consumó la Muerte... ¡la Muerte que aquel día, mientras ella mataba, hizo que por espacio de unos horas triunfara la crueldad, y que estuvieran la clemencia de Dios sorda en los Cielos y los Genios del mal sembrando en tierra la semilla del odio entre los hombres!...

## ENVIO

¡Filipinas querida!... ¡Filipinas amada!... No era digno tu suelo de verse ensangrentado con tamañas tragedias...

La codicia sin límites y los hierros de muchos que a tu sombra medraron, despertó tus dormidos justísimos deseos de santa

Libertad, y así la guerra desenvolvióse airada, segando muchas vidas que nada te debían...

Tu afán de independencia que el Tiempo no ha saciado te costó un mar de lágrimas, y aún estás recordando con el llanto en los ojos a tu España y mi España... la que fué siempre buena para ti... tú lo sabes...

Jamás olvides que educó a tu grey  
la que aún te adora con amor de madre.  
¡Salve a tí, cuna de Rizal el Sabio!...  
¡Salve a tí, tumba de Rizal el Mártir!...









## El sentir de un trovador

A Don Alberto Sevilla, murciano de rancia estirpe, y castizo escritor, prez de las muchas valiosísimas plumas que enaltecen a España.

He tenido ocasión esta mañana de departir breves momentos con un buen amigo mío, poeta escasamente celebrado, pero tiernamente sentimental, cuyas canciones de un dejo melancólico y profundo, dijérase que vibran impregnadas de un sentimiento dulcemente consolador.

Cuando más tranquilos estábamos charlando de muchas cosas, triviales e indiferentes, un vivo deseo de conocer y fiscalizar sus sentires, trajo a mis labios estas o parecidas interrogaciones:

—“¿Quién te hizo a tí poeta?... ¿De dónde procede la fuente de tu inspiración, aún más divina que humana?... ¿Quién

forjó tu plectro delicado, que así sabes pulsar la lira y convertir en coplas cadenciosas las lágrimas secretas de tu corazón?... ¿De qué Paraíso ignoto surgió la musa de tus ensueños?... ¡La mandó Dios a tu encuentro o te la regaló el azar caprichosamente?...”

Y el poeta interrogado, respondiendo a mis preguntas de manera decisiva, y buscando siempre el modo mejor de satisfacer mi extraña curiosidad, hubo de hablarme así:

Ya que me juzgas poeta sin haberlo sido nunca mas que a medias, te diré que la fuente de mi inspiración tiene su origen en una derivación subálvea del río de los sufrimientos; que mi plectro fué forjado por la pena en el yunque de las desventuras; y que mi musa, aún no agotada, rosa de efímeros matices, con que quiso obsequiarme el Cielo, la reputo y debes reputarla como uno de los abortos más tristes de los abortos del Dolor.

No porque te haya deleitado unos momentos una canción mía has de llamarme poeta. Los verdaderos poetas tienen todos el sacrosanto deber de embellecer la vida para regocijo de los que sufren, haciéndoles sonreír, y yo, apenas si me doy maña

para humedecer con alguna lágrima furtiva los ojos de aquellos seres que en mí fijan su atención.

No es posible que en el mundo canten bien las almas como la mía combatidas por la pena o más brutalmente sacudidas por el infortunio, porque son almas poco propicias a sembrar en el campo de nuestra mente las flores que han de engalanarnos o las sonrisas que nos han de hacer gozar. En cambio, las que viven satisfechas, las que lanzan sus canciones dichosamente inspiradas, las que todavía no han aprendido a llorar porque han sido siempre las hijas predilectas del Destino, son almas capacitadas y eternamente dispuestas a sembrar aquellas flores y aquellas sonrisas, aún en medio de las landas solitarias.

Por eso habrás observado que tienen las primeras un corto número de devotos que también padecen, al par que las segundas suelen llevar tras sí un ejército de admiradores demasiado vociferador.

Quédanos, sin embargo la satisfacción de saber que por la senda de los sufrimientos transita silenciosamente el oro puro de la Humanidad, mientras que por el camino de los placeres, todo viajero que lo recorre, topa frecuentemente con mucha moneda

falsa, corazones endurecidos que todavía no saben amar.

Cada vez que me asomo al escenario del Mundo, a esa amplia superficie sin límites, sobre la cual se representan a diario tantos dramas espeluznantes y tantas comedias de relumbrón, si contemplan mis ojos asombrados una alegría que se burla de la pena o una pena que se esconde avergonzada, despiértase bruscamente mi conciencia y me inclino hacia la pena como más necesitada del consuelo que le niega la alegría, y entonces, sólo entonces es cuando brota de la parte más sentimental de mi alma como un chispazo de luz que viene a iluminar los rincones de mi corazón y se convierte después en copla.

Y gozo con mis tristezas como otros gozan con sus alegrías, porque en el curso inalterable de la vida por extraña que te sea la paradoja, sabemos demasiado ciertamente que hay pocas tristezas que regocijen, pero también hay muchas alegrías que no consuelan.

Así es la musa de mis ensueños. Así me la regaló Dios, Creador de todos los Mundos, a quien llevo perennemente guardado en el sagrario de mi pecho, como la más bella de todas mis creencias.

\* \* \*

Calló el poeta y se fué. Callé tambien y me fuí. Pero al encaminar mis pasos hacia el tranquilo refugio de mi hogar, ya llevaba en mi alma la certidumbre de que el hombre compasivo, bueno y sabio, suele pasar por la vida sin que nadie advierta su presencia, mientras que el charlatán, poco piadoso, se exhibe unos instantes en la Plaza Pública, y sabe atraerse hacia sí con sus gárrulas majaderias la atención del Orbe entero.







## La Vestal romana

A Don Oscar Nevado de Bouza, militar de temple heróico y alma sentimental, o como si dijéramos: Caballero de bronce en el combate; caballero benévolo en la paz.

El fuego a Vesta consagrado, brilla  
sobre el altar del solitario Templo,  
y una gentil Sacerdotisa cuídalo  
discretamente su deber cumpliendo.  
De la austera mansión por la ancha nave,  
receloso y hostil, cauto y soberbio,  
un noble, apuesto y arrogante, cruza  
con paso firme y decidido empeño.  
Hijo del César que gobierna a Roma,  
no le importa el castigo...; Siempre fueron  
los actos viles de los grandes, manchas  
que el vulgo adulador vé en los pequeños!...  
Cuando el torpe doncel, trocado en sátiro,  
por la emoción que experimenta trémulo,

se aproxima al altar, siente invadido de un impúdico afán su pensamiento. Salud!... —exclama ante la casta vírgen que acobardada se extremece el verlo. Y ambos parecen Satanás y el Angel, el Mal y el Bien que se rechazan fieros. Los dos un punto cual figuras plásticas permanecen mirándose en silencio, hasta que ella, alejándose, murmura: —¡Qué pretendes de mi, loco mancebo?... ¡Vete!... ¡Abandona este lugar sagrado!... ¡Nuestros dioses te ven!...

—¡Juro por ellos que mi vida eres tú!... —contesta el noble. Tus mil encantos seductores creo potente imán cuya atracción me impide vivir sin verte y junto a tí me quedo.

—No comprometas mi decoro; vete!...

—Vano ruego, Vestal. Escucha: Quiero que conozcas mi amor, mi amor que oculto ya no me es dable retener más tiempo.

Te ví una vez y en tan supremo instante tal incendio de amor noté en mi pecho, que hoy, ni esa llama que celosa cuidas puede igualarse a la en que yo me quemó.

—Pero ¿quién eres tú?...

—¡Nada te importe!...

Yo soy un ser que te idolatra, y pienso que un suplicio sin fin es ya mi vida,



pues por ti nada más suspiro y tiemblo.

—Mal se conduce quien así procede!...

—responde la Vestal—del sacro Templo  
has violado la paz y mi honra misma  
con tu presencia estás comprometiendo.

¡Si eres de noble condición, aléjate!...

—Lo haré si accedes a mi afán!...

—¡No puedo,

que a Vesta consagrada, feliz vivo!...

¡No, yo no escucho inoportunos ruegos!...

—Por compasión, Vestal!...—clama el ro-  
[mano.

Mi amor demanda de tu amor un beso.

Ven, ven...—la dice—y simultáneamente  
los brazos tiende y la aprisiona el cuerpo.

Luchan... y, ¡oh, pena! cuando juntos caen  
rodando por el duro pavimento,

salva un esfuerzo a la Vestal, y corre,

corre asustada; pero al ver que el velo

con que envuelve su mágica figura

las turgencias no oculta de su seno,

el carmín del rubor la enciende el rostro,

y, avergonzada, con sus dedos trémulos,

los girones recoge, los conjunta

para cubrir su desnudez con ellos,

y, aterrando al doncel, por la ancha nave

retumba sordamente un “te desprecio”

que en bruscas prolongadas vibraciones

se extingue por los ámbitos del Templo

La voz tremante da la fiel doncella  
demanda protección...

Huye, el protervo,  
y acude el Sumo Sacerdote al punto,  
rey de aquella mansión, grave y sereno.  
Muestra el augusto venerable anciano  
la mirada profunda, torvo el ceño,  
y aborda a la Vestal...

Esta, de hinojos,  
tiembla de espanto, y con medroso acento  
murmura: ¡Gran Señor; soy inocente!..  
¡Quisiéronme vencer, mas no pudieron!..  
¡Yo,—la replica el Sacerdote airado—  
tu justiciero Juez, juro y sostengo  
que has mancillado tu virtud!... Há poco,  
fugitivo salió de aquí un mancebo,  
y que existe el delito es indudable,  
tu misma turbación lo está diciendo.  
—¡Señor: fué un atrevido cuyo nombre...  
—¡No prosigas!...

—Señor...

—¡No más pretextos!..  
¿Sacerdotisa y sin virtud?... ¡No esperes  
clemencia ni perdón, oh vilipendio!...

\* \* \*

Cesa un dolor y otro dolor más crudo  
de la hermosa Vestal comprime el pecho

cuando impacable Tribunal decreta  
que la den muerte vil...

Grito violento  
de ronca voz que los espacios hiende  
clama:—¿Lo afirma el Sacerdote?... ¡Ès  
[cierto!...

¡Al Suplicio del Hoyo con la impura  
que ajó su honestidad; no vacilemos!...  
Y al campo la conducen, piés y manos  
fuertemente ligadas... El cortejo,  
por anchas calles solitarias, cruza  
la paz turbando con pregón siniestro.  
Temis llora...

Sicarios y verdugos  
para la horrenda ejecución dispuestos,  
no abominan de Roma y sus costumbres...  
Profundo pozo de antemano abierto,  
muestra su boca que un rincón parece  
del negro imperio de Plutón...

Los trémulos  
resplandores del Sol, ya moribundo,  
tiñen las nubes de color sangriento...  
La muerte acecha... La Vestal solloza...  
A merced de la brisa, sus cabellos  
ondulan mansamente, y cuando impetra  
misericordia del pagano pueblo,  
la sepulta el Error, sordo ante el Crímen,  
de una honda sima en el abismo tétrico.

\* \* \*

Por el Olimpo, maldiciendo a Júpiter,  
suspiran las tres Gracias...

El Eterno,  
piensa en un Cristo, Redentor del Mundo,  
que nos hable de amor para bien nuestro...  
La luz asoma...

En procesión, macabra  
séquito y Tribunal tornan al Templo,  
y una víctima más muere en la tumba  
que el fanatismo y la ignorancia abrieron.



## INDICE

<u>Títulos</u>	<u>Páginas</u>
Dedicatoria... ..	3
Prólogo... ..	7
Perspectiva antañona.. ..	19
La Procesión... ..	23
Júbilos que empiezan... ..	31
Pepe y Dolores... ..	33
Cordialidades vagas... ..	39
Un drama en plena huerta... ..	55
Cartas sinceras... ..	67
En libertad... ..	81
Rios que rugen... ..	85
Ojeada histórica... ..	93
Vidas que acaban... ..	99

## CHARLAS SENTIMENTALES

Recuerdos de un combate... ..	117
El sentir de un trovador... ..	131
La vestal romana... ..	137





---

**Precio: 2'50 ptas.**

---